

COLECCIÓN L



0.001874 200053

18-742-0005
Barranquilla 2, 132

Osorio Lizarazo, Jos
Laguna

Una misteriosa explosión
lidad que caracterizan a l
edificio es destruido y, er
del doctor Juan Francisc
cientos años de hibernación.

Esta novela de 1932 es una de las obras menos recorda-
das de Osorio Lizarazo y una de las primeras incursiones de
la literatura colombiana en el género de la ciencia ficción.

Hay que apreciar en la obra de Osorio Lizarazo la documen-
tación científica que informa el hilo de narración. En cuanto
se refiere a fuerzas dinámicas, mecánica orgánica y energía
atómica y fluidos minerales, parece que está al tanto.

—Pedro Gómez Corena. "Un libro de Osorio Lizarazo: *Barranquilla 2132*".
Mundo al Día, Bogotá, enero 7 de 1933, p. 18.

En sus producciones anteriores, Osorio Lizarazo se había
exhibido como una novelador francamente realista [...]
Barranquilla 2132 es una obra de pura imaginación, aunque
basada en hipótesis netamente científicas. Osorio Lizarazo
[...] ha desplegado en este esfuerzo de infuturación una
fantasía y una intuición poética que hacen de su libro una
pequeña y deliciosa obra maestra.

—Eduardo Castillo. "Los libros del año". *El Tiempo*, Bogotá, diciembre 31
de 1932, p. 45.



ISBN 978-958-99887-3-2



9 789589 988732

2

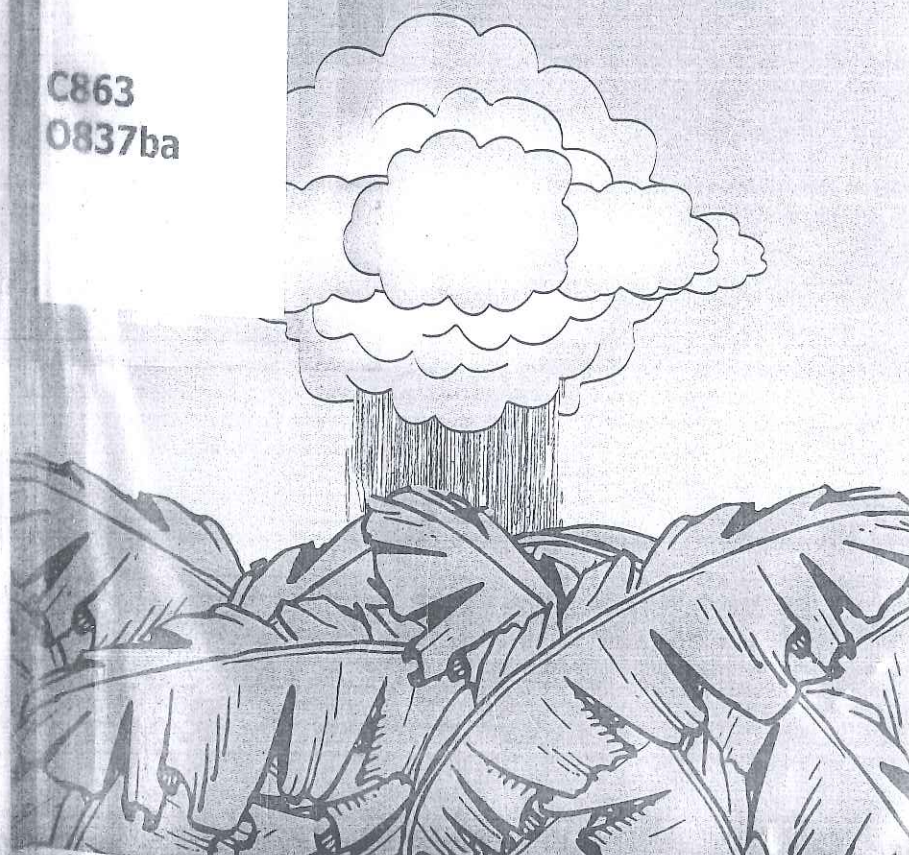
J. A. OSORIO LIZARAZO

BARRANQUILLA 2132

José Antonio Osorio Lizarazo

C863
0837ba

BARRANQUILLA 2132





La obra literaria y periodística de José Antonio Osorio Lizarazo es una radiografía social de la vida colombiana del siglo xx. Nació en el año 1900. Publicó numerosos artículos en prensa y más de 20 libros entre los que se destacan: *La casa de la vecindad* (1930), *Hombres sin presente* (1938), *El día del odio* (1952) y *El camino de la sombra* (ganadora del Premio esso en 1963, publicada en 1965). Vivió algunos años de su juventud en Barranquilla, donde publicó *Barranquilla 2132*. En la década del cuarenta, fundó el diario gaitanista *Jornada*. Entre 1948 y 1960 vivió en Argentina. Chex A República Dominicana. Murio en Bogotá en 1964.

Agencia Chex A
SISTEMA DE PROTECCIÓN PARA LIBROS Y DOCUMENTOS
www.omiprixcolombia.com

TOMO 8 BPP S.G

Osorio Lizarazo

BARRANQUILLA - 2132

(NOVELA)

CDD: 860co

Barranquilla 2132
José Antonio Osorio Lizarazo

ISBN: 978-958-99887-3-2

Colección Laguna Fantástica ②

PRIMERA EDICIÓN EN LAGUNA LIBROS
Bogotá, octubre de 2011.

PRIMERA EDICIÓN
Tipografía Delgado, Barranquilla, 1932.

EDICIÓN, TRANSCRIPCIÓN Y DISEÑO
Laguna Libros

EQUIPO EDITORIAL
Felipe González
Isabel Tovar
Sebastián Lapidus
Sergio Escobar

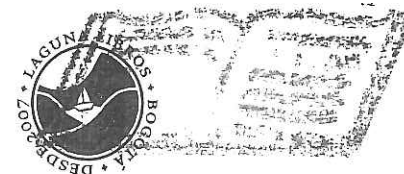
IMPRESIÓN
Editorial Kimpres Ltda.

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Esta obra se publica con el consentimiento y el apoyo de los herederos del autor.
La edición de este libro implicó realizar ajustes mínimos de carácter tipográfico
y unificar el manejo de algunos signos de puntuación. Estas variaciones no están
señaladas en el texto.

Barranquilla 2132
J. A. Osorio Lizarazo

BIBLIOTECA PÚBLICA
PILOTO DE NECELLIN
PARA AMÉRICA LATINA



COLECCIÓN LAGUNA FANTÁSTICA

②

C863
083769

I.

La ligera avioneta descendió casi verticalmente sobre las ruinas del edificio que minutos antes de la explosión elevaba su mole sobre las aguas oscuras del Magdalena. Del diminuto aparato aéreo, detenido suavemente dentro del radio que la policía había vedado al público, surgió el rostro conocido de J. Gu, el repórter principal de *El Sol*.

—¿Otra explosión misteriosa?

El jefe de la policía, que dirigía el salvamento de los cadáveres se apresuró a responderle:

—Nadie sabe cómo se originó. El edificio se derrumbó como si hubiera sido de arena. Gracias a su situación aislada no se produjeron más desgracias, pero los fragmentos de la construcción han saltado a gran distancia. Yo creo que esto tiene conexión con las explosiones ocurridas en Nueva York y en otras capitales.

—Entonces, en su concepto, ¿esto es un crimen?

—Obramos de acuerdo con la policía de otras ciudades. Nos agitamos frente a un misterio casi insoluble.

Se escuchaban lamentaciones de los heridos. Las ambulancias recorrían rápidamente el lugar del cataclismo y regresaban a las clínicas flotantes. El cielo se había cubierto de avionetas, situadas a gran altura, de acuerdo con las disposiciones de tráfico, para no entorpecer el movimiento de los vehículos de emergencia. Algunos descendían a larga distancia del siniestro y sus ocupantes venían a engrosar las filas de curiosos, atraídos de lejanos lugares por el estrépito de la explosión.

El edificio destruido tenía seis pisos, destinados a habitaciones particulares. En aquella hora de intenso trabajo urbano, estaba casi vacío y apenas comenzaban a llegar los habitantes, que, sin embargo, tampoco podían aproximarse para no obstaculizar su labor de salvamento. Sólo quedaban en pie algunas murallas ennegrecidas, que ostentaban sus osamentas de acero desarticuladas y retorcidas.

J. Gu se dirigió de nuevo a su avioneta. Había en ella un aparato semejante a las antiguas máquinas de escribir. Sincronizó la honda que correspondía a la imprenta de su periódico y empezó a redactar la información. Las teclas, al ser oprimidas, iban moviendo otras teclas correspondientes en los modernos radio-tipos, por un procedimiento que tenía puntos de contacto con el sistema de telegrafía Hughes, que constituyó una novedad a principios del siglo xx. En los talleres del diario se ejercía en aquel momento una complicada actividad mecánica. En el instante en que el repórter sincronizaba su onda,

un timbre colocado cerca a los radio-tipos anunciaba que las máquinas comenzaban a trabajar. Se establecían automáticamente contactos eléctricos y los lingotes iban saliendo con rapidez, se situaban en alineadores que al estar llenos se movilizaban hacia las mesas de armada, donde el único obrero que atendía los talleres cooperaba en la confección de las páginas. Cuando estas estaban terminadas, la simple opresión de un botón eléctrico las conducía por medio de carriles la rotativa y su contacto con la máquina cerraba el circuito de los motores, que echaban a andar. Al propio tiempo una sirena, también automática, anunciaba al público la aparición de la nueva edición, que era vendida por medio de tubos neumáticos que partían de las oficinas y terminaban en diferentes sectores de la ciudad. Había sido abandonado todo el sistema primitivo de los antiguos periódicos que requerían gran cantidad de colaboradores, que sólo podían publicar sus informaciones dos o tres horas después de ocurrido el suceso.

El repórter obtuvo además numerosas fotografías. El enfoque del objetivo, también por medio de ondas magnéticas, vagamente similares a los anticuados sistemas de televisión, impresionaba las planchas de zinc situadas en los aparatos de fotograbado, donde también se desarrollaba una complicada labor mecánica, que hacía supérflua la intervención humana. Las planchas de zinc, movidas por las maquinarias del taller puestas en actividad en el momento mismo en que la onda magnética que efectuaba contactos y cerraba los circuitos necesarios conducía la imagen desde la cámara oscura hasta el taller, recorría en dos o tres minutos los depósitos de sustancias que fijaban el

grabado y descendían luego a situarse en el punto preciso de las páginas del periódico. El mismo sistema era utilizado por los corresponsales de todas las ciudades y, así, desde París, desde Tokio, desde Moscou, operaban los periodistas, por medio de sus máquinas perfeccionadas, centralizando la actividad en los talleres de sus respectivas publicaciones. Cada vez que un suceso sensacional justificaba la nueva edición, esta aparecía, no era raro que los mismos periódicos de Barranquilla, más modestos que las vastas publicaciones de otros países, hubieran lanzado hasta veinticuatro ediciones en un solo día.

Cumplida así la primera parte de su tarea, J. Gu abandonó otra vez su avioneta y tornó a mezclarse entre los policías y obreros que removían las ruinas intentando salvar las vidas de las víctimas. Como sus antecesores de hace doscientos años, J. Gu desplegaba una intensa actividad, quería verlo todo por sus propios ojos y recogía las nuevas impresiones para lanzar otra edición quince o veinte minutos más tarde. Le inquietaba profundamente el misterio de estas explosiones y se propuso colaborar con la policía en el descubrimiento del suceso.

Otros corresponsales recorrían también las ruinas. Estaba allí el de *La Hora* M. Ba, amigo cordial de J. Gu. Se reunieron para comunicarse sus diversas impresiones y continuaron andando juntos, bordando comentarios sobre el suceso sensacional que acababa de desarrollarse.

El jefe de policía se aproximó a los dos amigos.

—Vengan ustedes. Hemos descubierto algo extraordinario. Había un cadáver, un viejo cadáver emparedado en los cimientos.

Lo siguieron apresuradamente. Los agentes de salvamento, recogiendo los escombros, habían encontrado un pequeño aposento, cuyo aspecto revelaba que no había sido abierto desde su construcción. En el centro de esta diminuta sala, que no medía más de quince pies de longitud, estaba un ataúd de plomo cuya parte superior parecía de vidrio. A través del cristal podía verse una figura humana, envuelta en múltiples vendas y al parecer intacta. Además de los reporteros había llegado el famoso doctor H. Var, cuyas investigaciones científicas habían llamado la atención en todo el mundo, por la audacia de sus experimentos. A él se debía el descubrimiento del suero curativo del cáncer, perseguido por todos los sabios del mundo durante más de quinientos años.

—¿Pero esto es un cadáver?— interrogó J. Gu.

—Parece, en efecto, un cadáver. Este sepulcro no figuraba en los planos del edificio. Hay algo extraordinario en todo esto.

—¿Pero qué supone usted?

—Es imposible avanzar ninguna explicación. El edificio fué terminado a lo que parece en el año 1940, hace casi dos siglos y desde entonces debió ser colocado en este lugar el ataúd.

El médico parecía intrigado. La figura humana se destacaba nítida, sus contornos se veían a través de las vestiduras con regularidad de líneas y no parecía que la muerte hubiera ejercido sobre aquel cuerpo su destructora acción.

Se condujo el ataúd al avión del científico. Invitó a los reporteros:

—Vengan ustedes. Creo que esto va a ser lo más sensacional de la explosión.

—Debemos enviar las últimas noticias para las nuevas ediciones— respondieron los periodistas. —Pero antes de media hora estaremos en su clínica.

Nuevas interrogaciones le fueron formuladas al jefe de policía. Otras fotografías se obtuvieron. Se lanzaron múltiples conjeturas; se estableció la relación entre la destrucción de este edificio y la ocurrencia de sucesos semejantes en otras ciudades; se sugirió la posibilidad de un gran crimen internacional. El público, satisfecha su curiosidad, había empezado a alejarse y el cielo estaba despejado de las incontables avionetas que lo obscurecían parcialmente. Las múltiples actividades de la vida impedían que la curiosidad se prolongara por largo tiempo y la destrucción del edificio empezaba a carecer de interés.

Esta construcción había sido levantada, en efecto, a mediados del siglo xx, por un industrial enriquecido cuyo nombre se había perdido. Su emplazamiento fué elegido en acuerdo con las perspectivas del desarrollo que ofrecía entonces la ciudad, sobre terrenos cenagosos que tuvieron que ser rellenados y su propietario pensó sin duda alguna que hacia aquel lugar se extenderían las actividades urbanas y que posiblemente su casa iba a ser el centro de una gran actividad comercial. No ocurrió así, sin embargo, la ciudad se extendió en otras direcciones y el edificio quedó aislado, a orillas del río, ahora inútil para el transporte. El error de apreciación de aquel industrial consistió, sin duda, en que supuso que durante largo tiempo los sistemas de movilización que le fueron contemporáneos iban a subsistir. Pero la ciencia avanzó en su conquista y muy pronto las antiguas embarcaciones fluviales y

marítimas se hicieron insuficientes y pesadas y acabaron por ser definitivamente abandonadas.

Esta situación de aislamiento fue lo que evitó que la explosión hubiera producido más graves desastres. De haber ocurrido en el sector central de la ciudad el número de muertos sería incalculable.

La semejanza de este acontecimiento con los ocurridos recientemente en otras ciudades habían inquietado la atención de los reporters, que se preocuparon largo tiempo por establecer con exactitud la relación de todos estos sucesos.

II.

Cuando llegaron a la clínica del doctor Var los periodistas J. Gu y M. Ba, media hora más tarde, el científico, rodeado de tres ayudantes, era presa de una tremenda excitación. Los reporters descendieron rápidamente de la terraza al salón quirúrgico, donde se hallaba el ataúd. Había sido ya descubierto y sobre la mesa de operaciones se extendía el cuerpo desnudo de un hombre mientras que el suelo estaba lleno de todos los vendajes y fajas que minutos antes lo habían envuelto. El médico se ocupaba entonces de inyectar por la nariz del yacente una corriente de aire cálido. Sin suspender su labor se dirigió a los reporters:

—Lean ustedes esos papeles que están sobre la mesa.

Ambos se precipitaron. Eran dos hojas escritas a máquina por el antiquísimo procedimiento. Con asombro leyeron lo siguiente:

Me he sepultado voluntariamente para comprobar un experimento extraordinario. Permaneceré en mi sepulcro durante un tiempo indefinido, hasta que en una edad cualquiera, alguien descubra mi refugio. Es posible que, si mis investigaciones son exactas, pueda regresar a la vida dentro de una civilización nueva. Esta perspectiva era demasiado halagadora para que dejara a otro la posibilidad de apreciar las maravillas que indudablemente debe ofrecer el nuevo sistema de vida a un hombre de mi época. Es también posible que nunca sea descubierto o que me haya equivocado en mis apreciaciones, en cualquier caso habré, simplemente, anticipado mi muerte. En el momento de sepultarme tengo cuarenta años.

—Pero esto es sorprendente— comentó J. Gu.

El doctor Var continuaba atendiendo al presunto cadáver. Sin dejar de contemplar el rostro exclamó:

—Continúen leyendo.

He logrado descubrir un procedimiento para congelar la sangre y detener la marcha del corazón, por medio de una inyección medular —seguía el manuscrito—. Los nervios que determinan el latido cardíaco han sufrido una contracción que perdurará durante largo tiempo. Si mis deducciones son exactas, mi sangre volverá a liquidarse y el corazón tornará a latir. El restablecimiento de la circulación producirá

otra vez la actividad de todos los órganos, igualmente congelados. He logrado mantener en este estado durante diez años a un perro, al que he tornado a la vida; el éxito de este ensayo me ha determinado a realizarlo en mi propia persona. Dejo la fórmula exacta de la inyección vital que debe colocarse entre las vértebras cervicales y, mientras esta actúa, para facilitar su asimilación debe introducirse a los pulmones una fuerte cantidad de aire caliente...

El doctor Var prorrumpió en una exclamación emocionada:

—¡Vive!

Los periodistas se precipitaron hacia la mesa de mármol. El cuerpo, que antes presentaba una lividez de marfil comenzaba a adquirir tenues coloraciones. La sangre parecía diluirse bajo el influjo del aire cálido que penetraba a los pulmones. Uno de los ayudantes tomaba el pulso y bajo sus dedos se agitaba una tenue palpitación de vida.

—¡El corazón empieza a latir!

La expectación de los testigos de este acontecimiento adquiría contornos de angustia. Los ojos se clavaban con una curiosidad enfermiza sobre el rostro inmóvil, cada vez más sonrosado. El doctor suspendió la inyección de aire caliente y con un paño áspero se puso a friccionar fuertemente los miembros inmóviles. Las articulaciones se hacían flexibles y poco a poco, ante el asombro de los circunstantes, aquel cuerpo tornaba a la vida. El doctor comentó con voz exaltada:

—Debemos a la explosión este descubrimiento que desvirtúa todas las conclusiones de la biología. Alabemos los orígenes de aquel siniestro, que nos ha puesto en contacto con la máxima posibilidad científica de los últimos tiempos.

El primer movimiento espontáneo se efectuó en los párpados. Se agitaron levemente, se oprimieron con fuerza, se entreabrieron y a través de las pestañas pudo verse la pupila brillante. Por fin se abrieron por completo y los ojos efectuaron un ligero movimiento de rotación, que pareció fatigar al revivido.

Transcurrió otra media hora durante la cual el hombre de otro siglo parecía dormido. La emoción había paralizado todas las gargantas y nadie se atrevía a pronunciar una palabra. Era la realización de un milagro inverosímil que superaba todas las perspectivas y que había sido considerado hasta entonces como una fantasía irrealizable. Un hombre había regresado del pretérito y traía consigo las sensaciones, los principios, los conocimientos de una edad extinguida. Por fin el doctor habló con voz estrangulada:

—Si le inyectáramos un poco de suero...

Bajo la influencia del líquido nutritivo que penetró a la sangre ya en circulación, la vida se presentó definitivamente. El hombre abrió del todo los ojos, los fijó con mirada incierta en aquellos que lo rodeaban y agitó los miembros con leves movimientos contráctiles.

—No ha tornado aún la actividad mental— conceptuó el doctor Var.

En efecto, el resucitado parecía no darse cuenta de nada. No hizo ninguna intención de hablar, ni uno solo de sus movimientos indicaba que comprendía su retorno a la vida.

—¿Pero logrará recuperar la razón?— preguntó con angustia uno de los periodistas.

—Debemos esperar. Es posible que actualmente se esté operando una reacción ansiosa en las ideas. Tal vez el milagro no permanezca inconcluso.

Pero la actividad vegetativa y aún la animal parecían haber resurgido por completo. Los movimientos se hacían más precisos y todo indicaba que en las contracciones musculares presidía el instinto, cuando no la voluntad. El hombre se limpió los ojos, respiró ruidosamente, movió las piernas y trató de incorporarse. Su mirada permanecía perdida en el vacío, como la de los ciegos.

—¿Quieren ustedes mantener en reserva todavía el experimento que acaba de realizarse?— sugirió el doctor Var a los periodistas.

—Si usted lo juzga conveniente, lo haremos.

—Les prometo un informe documentado sobre todo esto. Pero antes quiero ver si este hombre recupera la razón. Dentro de veinticuatro horas podré comunicarles todas mis observaciones. Será este uno de los más sensacionales acontecimientos de la época.

Todavía los periodistas contemplaron largamente al hombre nuevo que intentaba ponerse en pie.

—Lo llevaremos a un lecho donde lo trataremos adecuadamente. Me consagraré de manera exclusiva a él.

Por fin, J. Gu y M. Ba partieron. Sus avionetas, que habían quedado en la terraza de la clínica, marchaban a corta distancia y por fin se detuvieron sobre el décimo piso del edificio de *El Sol*.

Descendieron por los rápidos ascensores, cuyo movimiento se iniciaba con la simple presión de los cuerpos que los ocupaban y se encontraron en la calle. Ahora las calles no constituían el peligro absurdo que entrañaban en la era del automóvil y sólo transitaban por ellas los peatones que no encontraban ningún obstáculo que pusiera en peligro sus vidas. Todo el tráfico comercial e individual se hacía por el aire y las calles eran simples lugares destinados al paseo o al traslado a cortísimas distancias. El asombro del acontecimiento que acababan de presenciar los había hecho enmudecer y cada uno meditaba en la realización de aquel verdadero milagro científico. La explosión había pasado a un segundo lugar y habían olvidado las sensacionales informaciones publicadas en las últimas ediciones de sus periódicos. De vez en cuando llegaban a sus oídos los sonidos metálicos de esos anticuados aparatos de radio que fueron la delicia y el regocijo de la humanidad doscientos años antes y que aún pretendían sobrevivir al progreso como ocurriera antes con los cochecitos de caballos, los vigorosos animales cuya especie cooperó indudablemente en los siglos pretéritos al establecimiento de la civilización y que ahora se habían extinguido hasta el punto de que solo restaban algunos ejemplares en los jardines zoológicos. Las estridencias musicales herían de tal manera los oídos de los paseantes que fue preciso cambiar de ruta. Como si deliberadamente se hubieran abstenido de tratar sobre la trascendental resurrección, J. Gu procuró desviar el pensamiento:

—¿Cómo podrían vivir las gentes de aquella época, impregnadas de ruidos, pretendiendo divertirse con estos sonidos insólitos y desgarradores? Y sin embargo parece que el radio enloqueció de vanidad a los hombres que pensaron haber hecho un gran descubrimiento. Detesto por anacrónicos estos aparatos y he pensado en sugerir que sean incinerados los pocos que restan.

Pero un pensamiento primordial imperaba en sus mentes. Los formuló M. Ba:

—¿Logrará recuperar la razón?

III.

Los periodistas amigos descendieron al salón de recibo del famoso clínico. Hallábase este en compañía del retornado a la vida, que parecía disfrutar del completo goce de sus facultades, recuperadas durante las veinticuatro horas que acababan de transcurrir.

—Estoy sorprendido, amigos míos— les dijo el doctor al entrar. —Este hombre posee sus sentidos normales y nada de su economía ha padecido durante la prolongada suspensión de toda actividad vital.

El desconocido dijo su nombre:

—Juan Francisco Rogers.

Y se aproximó a los periodistas extendiendo la mano, con el viejo ademán galante. Pero ellos lo miraron sonriendo. Luego murmuraron:

—Parece que en aquel tiempo se acostumbraba a dar la mano para solemnizar todo acto.

Pensaron en el ridículo que harían dos hombres tomándose la mano, sosteniéndola durante un rato, sacudiéndola quizás y quisieron probarlo. El hecho les pareció más grotesco aún. Rogers les sacudió vigorosamente la mano y, sin la menor precaución higiénica, efectuó el contacto con los dos amigos. Al propio tiempo hacía inclinaciones y venias y no lograba mantener la seriedad reservada y silenciosa, sin movimientos superfluos, que imperaba entonces.

—¡Cuánta agitación! ¡Cuánta pérdida de fuerza muscular, simplemente, para la realización de un hecho tan sencillo como es la pronunciación de un nombre propio!— se decían.

El médico no formulaba protestas interiores. Observaba, poseído de una curiosidad que no se había amenguado, las características de la gente que habitó a Barranquilla doscientos años antes. Era indudable que existían detalles, de apariencia apenas visible, que constituían una lenta evolución hacia formas de mayor relieve intelectual.

—Estos señores lo llevarán por la ciudad— dijo el médico. —Le mostrarán las transformaciones de la civilización.

Los periodistas ofrecieron satisfacer ampliamente esta comisión. Tales palabras fueron objeto de otra serie de genuflexiones de frases de cálida gratitud por parte de Rogers.

—Gracias. Muchas gracias. Cuánto les voy a agradecer. En realidad, estoy desconectado de todo esto. Hasta ahora sólo he visto del mundo el mar. El mar que puede alcanzarse por esta ventana. Según entiendo, estamos en una clínica flotante.

—Así es.

—Una clínica flotante... El doctor me ha dicho algo. Pero el doctor es demasiado silencioso... No lo digo como censura, doctor. No. En absoluto. ¿Quiere usted excusarme? No lo vaya a interpretar mal...

—¿Serían así— pensaban los periodistas —todos los hombres de aquella época? ¡Qué enojoso su comportamiento!

Luego le explicaron con frases breves lo que era una clínica flotante. Era un vasto edificio de acero, a cierta distancia de la costa, rodeado de jardines artificiales y capaz de soportar todas las tormentas. Se habían descubierto raras cualidades curativas en los aires salinos del mar y el doctor Var trataba de comprobar la vieja teoría de que toda vida había surgido del mar.

Rogers preguntó el nombre de sus nuevos amigos. Hablaba un español antiguo, de difícil interpretación, despojado de los acentos guturales que entonces lo caracterizaban y que eran la manifestación de una tendencia hacia la universalización del lenguaje, impuesta por la aproximación de todos los pueblos. Pero se hacía entender bastante bien, porque lo esencial del idioma perseveraba.

La pregunta de Rogers, de acuerdo con las cortesías sociales, era de mal gusto. Mas era imposible sustraerse a su curiosidad. Debía tenerse en cuenta que aquel hombre regresaba del pasado.

—J. Gu.

—M. Ba.

Ni le ofrecieron la mano, ni se pusieron a sus órdenes. Esto causó sorpresa al recién venido. ¡Cómo habían degenerado las costumbres!

Interrogó:

—Pero esos apellidos son nuevos. En mi tiempo no existían. ¿Son ustedes, acaso, de ascendencia china?

Dentro de circunstancias normales, tal interrogación hubiera sido impertinente. ¡Cómo se le iban a preguntar a un hombre antecedentes familiares! Sin embargo, dispuestos a aceptar en su totalidad las impertinencias y las indiscreciones de la época preterita a que pertenecía aquel hombre y, sobre todo, preocupados por instruirlo sobre las nuevas costumbres, le explicaron:

—Verá usted. Si dijéramos nuestros nombres de hace un centenar de años, este señor se llamaría Jorge Gutiérrez y yo Manuel Barreto. Podríamos agregar otros apellidos a los nuestros. Pero ahora tendemos a la simplificación. Hemos abolido todo lo superfluo en ademanes, palabras y movimientos. Para nuestras relaciones sociales somos simplemente J. Gu y M. Ba. Para los actos oficiales, llevamos el número de nuestra cédula de identidad. El señor es 26543 y yo 38693.

—Pero se presta a muchas confusiones...

—Por lo que hemos podido apreciar, ustedes complicaban en exceso la vida... En las obras antiguas que conocemos existen curiosidades y formulismos sorprendentes. Es indudable que la civilización nos ha hecho ganar mucho. ¿Quiere usted que vayamos a la ciudad?

—Estoy ansioso de reconocerla. Cuando ustedes gusten.

El doctor Var intervino:

—Este hombre no puede alejarse mucho. Antes de dos horas es preciso colocarle una inyección. El corazón no late con regularidad exacta y requiere algunos cuidados.

Salieron. En la terraza esperaban las avionetas, ligeras, ágiles. Rogers subió al pequeño aparato de J. Gu y poco después los dos volaban sobre el mar, a velocidad moderada, hacia la ciudad, que se perfilaba a unas cuantas millas al sur. Rogers se asombró del silencio. Ni ruidos de hélices, ni trepidaciones de motor. El aparato se deslizaba calladamente, como una gran ave oceánica.

—¿Dónde está la hélice?— interrogó Rogers.

—La hélice fue abandonada hace mucho tiempo. En el museo existen algunos de los aviones que se usaron en su época. ¡Qué incómodos y primitivos eran!

—Pero entonces la propulsión... Los depósitos de gasolina...

—¡Ah! ¿Cree usted, acaso, que necesitamos un combustible tan peligroso?

—Pero...

—Es la energía atómica la fuerza motriz que reemplaza los procedimientos antiguos. El motor consiste en un sencillo procedimiento químico que descompone el aire en sus moléculas elementales. Al propio tiempo en la popa del aparato, dentro de los tubos cónicos que usted puede ver, se hace el vacío. Dentro de ese vacío estallan las moléculas del hidrógeno, del oxígeno, del helio, del nitrógeno y de los otros gases que, al parecer, ya eran conocidos en su época. Estas moléculas tienden a reunirse de nuevo para constituir los cuerpos desintegrados en la cámara química situada en la proa y su atracción mutua desarrolla una fuerza que dentro del vacío de la popa, impulsa el aparato.

—Mas esto sólo podrá aplicarse a avionetas pequeñas como esta...

—Se engaña usted. Mire hacia arriba.

A gran altura, el cielo se manchaba por colosales aparatos de apariencia similar al que los transportaba. Proyectaban sus sombras sobre las aguas inquietas del mar y trazaban líneas cortantes, dibujando ángulos.

—Son los aviones trasatlánticos de diez y quince mil toneladas.

—Y entonces los vapores...

—Los últimos vapores surcaron el mar a fines del siglo pasado. Empleaban cuatro días entre Barranquilla y los puertos de Europa. Ahora se recorre la misma distancia en doce horas.

Rogers contempló de nuevo el firmamento. Las alas de los gigantescos aviones eran desproporcionadas a su tamaño y parecían insuficientes para sostener el equilibrio. Otro tanto ocurría en la ligera avioneta que los conducía.

—Pero estas alas tan pequeñas...

—En realidad, los antiguos aviones empleaban unas alas demasiado amplias, en las cuales radicaba toda su estabilidad. Requerían grandes campos de aterrizaje y ocupaban espacios considerables. Ahora la estabilidad reside en el propio cuerpo del aparato. Debajo de la cabina, por el mismo procedimiento que en la popa, se hace el vacío. Un vacío que alcanza a cinco o seis metros para este aparato y cuarenta, cincuenta o más para los trasatlánticos. El aire desalojado choca contra las alas con fuerza ascensional y por esta causa bastan unas pequeñas protuberancias para sostenerlo en equilibrio. Este vacío es la causa para las severas disposiciones que rigen en el tránsito aéreo.

Cada nave tiene señalada una altura precisa y una línea exacta de avance, porque el cruce de un avión por la zona vacía que va dejando otro podría ocasionar accidentes. Suelen ocurrir, pero son cada vez más raros.

Abajo empezó a verse la ciudad.

—Esta es Barranquilla. La antigua y notable Barranquilla, de ilustre historia.

Rogers contempló emocionado el panorama. El río cruzaba por el centro de una ciudad extensa, cuyas chimeneas se elevaban a ambos lados de la corriente. Luego penetraba tranquilamente en el mar. Los incontables aviones que circulaban en todas direcciones opacaban la atmósfera. Una sensación de asombro, de ansiedad, de angustia poseía el espíritu del resucitado. Aventuró una pregunta:

—¿Y los caños?

—¿Los caños? ¿Qué son los caños?

—¿Pero dónde era la ciudad antigua?

—Hace doscientos años, al parecer, la ciudad ocupaba aquel pequeño sector. Creo que aún subsisten algunas edificaciones de la época. Ve usted: tal vez aquella.

Descendieron suavemente y se detuvieron encima de un quinto piso. Rogers lo reconoció:

—El edificio Eckhardt... Sí. Es el edificio Eckhardt—repetía emocionado al descubrir una comprobación de su anterior existencia. —Y allí San Nicolás, el edificio Correa, el Palace...

—Yo no sé cómo se llamarían esas casas entonces. Se conservan cuidadosamente como verdaderas reliquias históricas.

Parece que fueron las primeras construcciones que le dieron aspecto urbano a Barranquilla.

Rogers tendía la vista. Grandes edificios de quince y veinte pisos ocupaban las márgenes del río, obstruían lo que en su tiempo eran los caños e invadían un extenso trayecto.

—¿Cuántos habitantes tiene hoy Barranquilla?

—Casi un millón. ¿En su tiempo?

—En 1932 tenía algo más de ciento cincuenta mil. Nos creíamos una gran ciudad.

La avioneta giró lentamente en torno de la ciudad. J. Gu se contagiaba de la emoción que poseía a Rogers. Con los ojos brillantes humedecidos, a punto de echarse a llorar, Rogers contemplaba el panorama de terrazas y murmuraba, como si estuviese flotando en un ensueño:

—Esto es Barranquilla... Barranquilla...

IV.

—Estas son las ruinas del edificio donde usted se había sepultado— dijo el periodista.

Abajo aparecía el montón de escombros, junto al río. La avioneta se cernió sobre ellos, lentamente. Los pedazos de concreto ostentaban, como nervios, las varillas de acero retorcidas por el explosivo. A los lados del sitio desolado y trágico, se extendían los arenales ásperos que en otro tiempo fueron pantanos. Más abajo y siguiendo otra vía, mostraba su pintoresca situación el barrio de Las Flores, primera visión del puerto desde los antiguos trasatlánticos que anclaban en el Magdalena.

—¿Es ahí?— preguntó Rogers. —¿Y cómo ocurrió el siniestro?

El periodista le dio una completa información.

—Hay un misterio en esto. En otras ciudades han ocurrido idénticos acontecimientos. Hace cinco días fue

volada, inesperadamente, la mayor fábrica productora de químicos de Nueva York y un barrio entero de París quedó destruido como consecuencia de otra explosión. Es posible que la excesiva saturación eléctrica de la atmósfera determine la inflamación de algunos gases, acumulados en las cavidades de los cimientos desde hace siglos. Se ha formulado esta hipótesis. Pero mi amigo M. Ba y yo tenemos otro concepto. Creemos que se trata de una serie de delincuencias organizadas con un fin desconocido. Nos hemos entregado a esta investigación.

Fue explícito en los detalles. Se refirió a sus observaciones con amplitud que demostraba la existencia de una preocupación. Rogers, a su vez, evocaba las escenas de su época, la construcción del edificio cuyas ruinas contemplaba, el convenio celebrado con el arquitecto para que reservara en el sótano la habitación que había de encerrar su cuerpo durante un tiempo indeterminado, los primeros experimentos realizados con animales domésticos, las admirables conclusiones de su estudio, la operación en su propio organismo, la existencia de cómplices del gran ensayo entre los obreros que apilaban el cemento, todos los incidentes de su último día, doscientos años antes.

Y fue entonces cuando experimentó con plenitud la alegría del retorno. Ciertamente que su sistema fisiológico funcionaba con ciertas dificultades, pero se hubiera considerado satisfecho con el retorno de una hora. Podía disponer seguramente de varios días, de semanas, quizás, para contemplar los prodigios de la civilización.

—¿Descendemos? ¿Quiere pasear por la calle?

Respondió afirmativamente. Luego la avioneta se detuvo con suavidad sobre la terraza de *El Sol*, funcionaron los ascensores y los dos amigos se encontraron en la calle.

Primeramente fue una sorpresa inaudita ante el silencio urbano. Parecía una ciudad abandonada. Las conversaciones eran murmullos, la vida se deslizaba cautamente, los pavimentos estaban pulimentados, todo era tranquilidad y parsimonia. Comparó aquella quietud solemne, que le hacía sentirse en lo profundo de una selva, con la agitación terrible que había imaginado y sufrió una inaudita sensación. Por el aire, a diversas alturas, también con cautela, resbalaban los aviones en todos sentidos, proyectando sobre el suelo sombras silenciosas.

Contemplaba los vestidos de los transeúntes. Eran de una severa sencillez, ligeros, cómodos. Habían desaparecido las corbatas, los sombreros, las chaquetas, todas las complicaciones que fueron señales de distinción en sus días arcaicos. Una simple botonadura conectaba todas las piezas, que podían quitarse en unos cuantos segundos y volverse a colocar con idéntica rapidez. Observó que todos los trajes eran iguales.

—¿Y las mujeres? ¿Ahora no andan por la calle?

—La mayor parte de la gente que hemos encontrado son mujeres— respondió el periodista.

—¿Pero entonces no se distinguen?

—¿Cómo han de distinguirse? ¡Ah! Ya recuerdo. Parece que en su tiempo usaban trajes completamente distintos para cada sexo...

—Naturalmente. Los hombres llevaban pantalones y las mujeres faldas.

—Sí. He visto algunas fotografías de la época. Las mujeres se ponían grandes faldas, que se abrían en círculos de dos o tres metros. Los hombres usaban pelucas blancas y un pantalón corto...

—No. Eso era antes de mi tiempo. Mucho antes. Usted confunde... Aquello acontecía hace como cuatrocientos años. En el siglo xx se proyectaba la posibilidad de identificar los trajes hacia el desnudo.

—Según creo, el nudismo floreció hacia el año 2000. Durante la gran crisis de la civilización ocurrida entonces, los hombres y las mujeres llegaron a andar desnudos por las calles. Algo he leído sobre esa gran crisis, que fue considerada como el final definitivo de una civilización. Más tarde le mostraré algunos libros que sobreviven. Hay varios en la biblioteca de *El Sol*. Son muy interesantes y en ellos se estudian los antecedentes y las consecuencias de la crisis del año 2000.

—¿Y no hay restaurantes? Yo quisiera...

—¿Restaurantes? ¿Qué es eso?

—Lugares donde se comía, se bebía...

—Chit...

—¿Qué pasa?

—No diga usted eso. Por lo menos no lo diga donde le puedan oír.

—¿Por qué?

—A veces olvido que estoy hablando con un hombre de otro tiempo. Si usted me permite hablar con libertad y sin pretensiones de censurar respetables costumbres de los siglos pasados, creo que ustedes comían en público...

—Así es. Comíamos en todas partes.

—Y además, celebraban todos los acontecimientos comiendo. Había algo que llamaban banquetes...

—Es verdad. Con un banquete se manifestaba el regocijo por un suceso afortunado, se saludaba a una persona distinguida, se...

—Sí. Pero ahora no se puede comer en público. Comprenderá usted que comer es el principio de la digestión y usted sabe cuán grosera y repugnante es la digestión. No es posible ofrecer la perspectiva de una digestión a las personas que nos rodean. Es preciso hacerlo en silencio, en un recogimiento íntimo, como se hacen todas las cosas sucias. Hay comederos reservados en algunos sitios, pero no es de buen gusto penetrar en ellos. Si usted puede resistir lo llevaré a *El Sol*. Allí puede estar tranquilo, cierra su puerta y comerá y beberá sin que nadie se de cuenta de ello. ¿Lo desea?

—Sí. Pero podemos andar aún otro rato— insinuó Rogers.

—Entonces no hablemos más de ello. Es lamentable que sea preciso aludir con tanta frecuencia a las estúpidas necesidades de nuestro organismo.

—En mi tiempo se hablaba de la posibilidad de sustituir las viandas por píldoras...

—Tal ensayo— dijo el periodista —que hubiera simplificado mucho los usos de la actualidad y que hubiera disimulado lo repugnante de la ingurgitación y de la digestión, fracasó. El organismo humano es de tal suerte imperfecto, que sin el vientre lleno no es posible la existencia. La alimentación por píldoras atrofiaba el estómago y todo el sistema se quebrantaba. No era

posible soportar más de una semana tal tortura. Fue preciso continuar el viejo y sucio sistema de devorar.

—¿Y entonces cómo celebran los acontecimientos felices?

—Jamás me he podido explicar por qué fueron alguna vez festejados comiendo, cuando el simple pensamiento de la comida hace ruborizar hasta a los más ignorantes. Ahora se efectúan reuniones cordiales, se hacen obsequios de objetos útiles, se expresa con sinceridad y sin vanos alardes el entusiasmo.

—En realidad, antes lo manifestaban llenándose el vientre o embriagándose.

Penetraron a un vasto salón. Acumulábanse en él los más extraños aparatos, las más incomprensibles combinaciones de hierro, artefactos de toda índole.

—¿Es un museo?

—Un museo de la industria. ¿Ve usted? Allá está el avión de su tiempo.

Allá estaba, en efecto, en un rincón. Sus alas anchas, incómodas, su hélice de madera, su estrecha cabina, sus depósitos de combustible, impregnaban de anacronismo el lugar.

—¿Pero cómo podían viajar ustedes en esto? Ha llegado hasta mí cierta hazaña fabulosa sobre el cruzamiento del Atlántico. Parece que se trataba de un contemporáneo de Colón, un tal Lind...

—¡Ah! ¿Lindbergh? No, no es contemporáneo de Colón. Lindbergh cruzó, en efecto, el Atlántico en un avión de estos, en 1927. ¿Fue la máxima victoria de nuestra aviación!

—Si tenemos en cuenta el aparato, es en realidad sorprendente.

Rogers contemplaba aquella colección. La mayor parte de los objetos allí acumulados eran de uso desconocido. Debía recurrir a cada momento a su guía en la asombrosa excursión.

—Estos— le explicaba el periodista —son los automóviles del año 2000. En aquella época empezaba a reemplazarse el combustible. No volvió a utilizarse ese líquido peligroso y explosivo que era, según entiendo, la gasolina. Pero la fuerza atómica, aplicada a los vehículos de ruedas no resultaba con el suficiente poder. Esta ha sido, quizás, una de las causas para que por fin los automóviles hayan sido eliminados.

Se detenían ante otro artefacto.

—¿Esto?

—Es el antiguo aparato de televisión. Había que hacer funcionar múltiples clavijas, conectar alambres, adaptar una serie de pequeñas secciones para hacer el conjunto. Todo lo de su época, amigo mío, era terriblemente complicado. Los utensilios de la física y las costumbres: la indumentaria y la concepción de la vida.

—¿Y entonces la televisión?

—La televisión no resultó tampoco práctica, sino para espectáculos de gran trascendencia. Por lo que he podido apreciar, producía una sensación semejante a la del cine, que floreció, como usted sabe, hace cuatrocientos años...

—¿Cuatrocientos años? No señor, doscientos.

—Es lo mismo. ¿No le parece a usted más conveniente englobar el pasado en un sólo día de siglos? Esto resulta también más sencillo.

—Pero menos exacto.

—¿Y qué es la exactitud? La exactitud es uno de los conceptos más relativos. Ahora, después de incontables conclusiones, nuestros sabios nos han ensañado a no concederle la máxima importancia a la exactitud. Ni a la exactitud histórica ni a la metafísica.

—Posiblemente tenga razón. Carezco de argumentaciones. En mi tiempo, seguramente hubiera podido dominarlo con unas cuantas frases. Pero todo esto es tan asombroso, tan seductor, tan sencillo, en realidad, que estoy anonadado.

—¿Ve usted? Se va posesionando del presente...

Más tarde salieron. Rogers se sentía fatigado y hambriento. Pero no se atrevía a manifestarlo de nuevo. Sabía ya que comer era una de las más repugnantes funciones del organismo. El periodista lo conducía hacia las oficinas de *El Sol*. Por el camino, seguido con la misma parsimonia solemne que al principio, encontraban cuerpos flexibles, ágiles, de mujeres jóvenes, envueltos en el sencillo indumento que solo difería en los colores y en detalles de escasa significación. Algunos iban ornados con pendientes y abalorios. Otros eran simples y de líneas rectas. Rogers las miraba detenidamente y alguna vez giró el cuerpo para contemplar la euritmia de una marcha silenciosa.

—¿Pero qué hace usted?— le increpó el periodista.

—¿Cómo se atreve usted, en plena calle, a ostentar el predominio del animal que lleva consigo? ¿Pero es que usted está conformado de una sustancia más brutal, más sucia que la nuestra?

—Las mujeres en mi tiempo eran la razón suprema de la existencia. ¡Cuántas locuras se hacían! Y estoy impregnado, lo confieso, del mismo espíritu.

—Es preciso que se acomode usted a la época. Conozco algo de esa literatura escandalosa y ruin de su siglo. Se diviniza el amor. Se situaba sobre todos los otros sentimientos. Se embellecía la más abyecta de las pasiones. Se ensalzaban los sacrificios canallas de las mujeres por los hombres y los de estos por aquellas. Se afirmaba ¡oh infamia! Que el amor es la más noble de las pasiones y en alguna parte llegó a decirse que aproximaba al hombre a Dios.

—¿Pero es, acaso, que las mujeres han descendido de su pedestal? ¿Es que ahora son unas pobres bestias, unos pobres seres anulados?— inquirió Rogers.

—Lejos de ello: la mujer se ha dignificado, sustrayéndose a las groseras codicias de los hombres. Dejando de ser el amor el sentimiento esencial, descendiendo a su justo lugar rudimentario, ahora la mujer comparte las inquietudes, las aspiraciones, los trabajos mismos del hombre.

—Pero era más sagrada la mujer cuando permanecía en lo recóndito del hogar...

—Le confieso que en mis horas de ocio me he preocupado por estudiar, un poco más que el estado de la civilización simplemente física del pretérito, el de la moral. Con mi amigo M. Ba hemos leído varias obras sobre la capacidad psicológica de los hombres de hace doscientos o trescientos años. En efecto, la mujer permanecía encerrada en el hogar. Pero no era el tributo del hombre lo que recibía. Era su dominación lo que soportaba. La mujer estaba como uno de los muebles, esperando la hora de prestar un servicio. El hombre le retribuía con la alimentación, con el vestido, con joyas, unos servicios

tanto más indignos cuanto más inconfesables. El hombre era el amo, porque nutría su cuerpo y era el más fuerte y lucía su estúpida musculatura de caballo. No era amor, sino egoísmo lo que impulsaba a los hombres. ¿Interpreto bien la cuestión?

—No puedo asegurarlo. Pero confieso que usted se encuentra documentado— respondió Rogers.

—Hemos de discutir este asunto, que resulta interesante, con mi amigo M. Ba. Aprovecharemos la presencia de usted para saciar nuestra curiosidad y, al propio tiempo, le explicaremos nuestro concepto actual del sexo.

Rogers experimentaba una verdadera tortura. No intentó prolongar la conversación. Necesitaba, a todo trance, comer. Situado ya dentro de las costumbres, se ruborizó profundamente al hacer una leve indicación de su urgencia.

J. Gu lo condujo a *El Sol*. Penetró a un aposento disimulado en una habitación, empujó a Rogers al interior y cerrando la puerta por fuera con cuidado, le dijo:

—Ahora puede usted hacerlo. Con entera confianza, como si estuviera en su casa.

V.

Rogers aprendió cómo se hacía un periódico, se asombró de la simplificación de la nueva vida, apreció los cambios fundamentales de las costumbres y aspiró a adaptarse a las circunstancias actuales. Comprendía que no estaba llamado a disfrutar de una prolongada existencia, porque sus órganos efectuaban movimientos retardados, perezosos, como consecuencia de la prolongada inacción. Pero quería vivir los escasos días que durara esta supervivencia prodigiosa de la mejor manera posible. Bajo la continua vigilancia del médico, sujeto a un tratamiento perenne, procuraba inyectarse optimismo y alegría. No lo lograba por completo, pero la curiosidad que hizo de él uno de los más notables sabios de su tiempo, ¡cuán ignorante y tímido se apreciaba ahora! Le sostenía en la intención de conservar la vida, de enterarse de todo, de valorizar

todas las diferencias entre su siglo y el actual, de obtener una conclusión definitiva acerca de la superioridad de los nuevos sistemas sobre los que predominaban en su lejana existencia.

Los dos periodistas, que con independencia de la policía efectuaban una silenciosa investigación sobre las explosiones que los habían preocupado y que habían destruido numerosos edificios, perseveraban en sus gestiones. Rogers constituía para ellos un objeto de estudio y ávidos de conocimiento, gustáales dialogar con él. Resultaban de extraordinario interés sus teorías y sus costumbres retrasadas, su temperamento y su psicología de hombre del siglo xx, frente a las maneras ultramodernas de que los periodistas eran representantes. Si bien las indicaciones de Rogers no eran ciertamente preciosas en sus pesquisas, lograban, mientras las seguían, avanzar sus apreciaciones históricas.

Habían establecido, de manera rotunda, la existencia de una mano delincuente en los siniestros ocurridos. Las noticias de la víspera revelaban la destrucción de un gran avión trasatlántico, que había estallado en el espacio como una bomba, sin que se hubieran logrado establecer en forma alguna los motivos del accidente. El avión pertenecía a la línea París-Nueva York, su destrucción había ocurrido sobre el océano. Los fragmentos de la gran nave aérea desaparecieron antes de que hubiera sido posible practicar ninguna observación. El fenómeno fue presenciado por otros aviones que seguían la misma ruta y formaban parte del servicio permanente —un avión salía de los puntos terminales cada dos horas y conectaba con otros, en cada ciudad, para todos

los puntos del globo— que desde hacía varios años se había establecido entre los dos continentes.

¿Pero cuál era esa mano? ¿Cómo se producían esas tremendas explosiones? ¿Eran, acaso, provocadas a distancia, por medio de las maravillosas ondas etéreas? ¿Constituían, quizás, la aparición de una nueva fuerza, aún inexplorada, capturada por el hombre de la naturaleza? ¿Había un genio prodigioso, que se ocultaba en la sombra y al que era preciso descubrir?

Discutían intensamente estos puntos los dos periodistas. La imaginación de Rogers, que los escuchaba, cómodamente sentado en los sillones de *El Sol*, laboraba intensamente. Ahora todo, hasta los más complicados ensueños, eran posibles. ¿Se había viajado a Marte?

Lo preguntó. No. Todavía no se había logrado la comunicación interplanetaria. Pero se avanzaban ensayos, se efectuaban estudios, se había llegado al convencimiento de que Marte y Venus, los dos planetas más próximos a la tierra, estaban habitados. No había sido posible, aún, sin embargo, encontrar la fuerza necesaria para el transporte, en un viaje que debía prolongarse por dos o tres meses, a la velocidad mínima de cincuenta mil kilómetros por hora.

—Ya se ha alcanzado esa velocidad y aún se ha superado— le explicaron. —Pero no ha sido posible sostenerla por un tiempo indefinido.

—Se aseguraba— exclamó Rogers —que dentro del vacío celeste, el vehículo podía continuar desarrollando indefinidamente la velocidad adquirida en la atmósfera terrestre. Lo esencial era la orientación.

—Debían tener un concepto errado sobre los espacios interplanetarios— respondió J. Gu. —Es verdad que no existe la resistencia del aire, esta cosa pesada y casi tangible que es el aire. Pero es absurdo pensar que esos espacios se encuentren vacíos. Se ha comprobado la existencia de otras materias, de gases de gran ligereza, capaces de oponer una resistencia efectiva al avance del vehículo. Durante mucho tiempo se habló del avión-cohete. Parte de esta teoría se ha reducido a la práctica con nuestros actuales aviones. Pero el avión-cohete no podía avanzar en el espacio, incapaz de vencer la resistencia de lo que antes se denominaba éter. En todo caso, tanto el viaje como la comunicación, han sido imposibles. En el año 2045 se practicó una tentativa. Los heroicos exploradores del espacio desaparecieron para siempre. Otras experiencias de menor cuantía se han realizado y por fin casi ha logrado convertirse tal posibilidad en una utopía.

—Pero el radio...

—El radio no produjo jamás resultado alguno. Posiblemente ni los marcianos ni los de Venus lo conocían. Posiblemente aprovechaban las ondas en forma diferente, que no coincidía con la nuestra, esta es la teoría más afortunada.

—¿Y entonces cómo se ha comprobado la existencia de habitantes?

—Los telescopios más poderosos han revelado signos evidentes de población en los dos astros. Los análisis espectrales, en los que se ha llegado a una perfección inaudita, han logrado comprobar la existencia de una industria organizada, a base de combustibles manufacturados. Utilizan, por ejemplo, el petróleo

y la hulla, los dos elementos esenciales de la civilización terrestre de hace dos o tres siglos.

—¿Y no creen ustedes que a su vez, en esos astros, existirá una preocupación por descubrir los secretos de la tierra?— inquirió Rogers.

—Es posible. Quizás hayan logrado comprobar también la existencia de terrícolas. Quizás hayan intentado establecer la comunicación.

—Y no tendrán un grado excepcional de civilización que les permita disponer de fuerzas desconocidas aún para los sabios de este planeta?

—Esa es una vieja teoría, desechada hoy por los filósofos de la historia. La civilización no es indefinida. Lo demuestra la gran crisis del año 2000. Se llega a un punto de donde no es posible sobrepasar. Hay, entonces, un estancamiento, un retroceso para intentar la conquista de nuevas vías. Pero esas vías están también obstruidas en cualquier sitio. Se aprovechan una o dos fuerzas nuevas. Se convierten en movimiento, en aplicación industrial. De pronto, son insuficientes, son absurdas, son equivocadas. Todas las teorías se desvanecen. Otra vez hay que volver a empezar.

—Me han hablado ustedes— exclamó Rogers —en repetidas ocasiones sobre la crisis del año 2000. Pero no he tenido la oportunidad de enterarme...

—Le explicaremos brevemente— respondió J. Gu, que era el más hablador y comunicativo de los dos amigos. —Al rededor del año 2000 imperó sobre el mundo la más tremenda de las miserias. Los hombres no encontraban trabajo.

Se habían multiplicado prodigiosamente y la población de la tierra era casi de diez mil millones. Las máquinas habían terminado por desalojar a los obreros, las máquinas lo hacían todo. Pero no era posible obtener lo que hacían las máquinas. Las antiguas teorías habían establecido que los hombres podrían encontrar la felicidad definitiva cuando no les fuera preciso trabajar, cuando todo pudiera lograrse mecánicamente, cuando por tal causa los precios de los objetos se pusieran al alcance de los más miserables. Pero no pudieron evitar que un día las máquinas constituyeran la desventura definitiva. Por ínfimo que fuera, todos los productos tenían un precio y no era posible obtener ninguna suma de dinero. Los pueblos se negaron a pagar los impuestos, los gobiernos no pudieron sostenerse, sobrevinieron las revoluciones, los asaltos, la anarquía. Se proclamaban nuevas doctrinas de gobierno, los obreros incendiaban los talleres mecánicos, ahorcaban a los propietarios, destruían las ciudades. Por todas las regiones del planeta existía la desolación y se vertía la sangre. No era guerra de fronteras ni de nacionalidades. Era la revuelta del hambre. Los jefes de las milicias, que disponían de grandes provisiones de gases y de materiales bélicos, lograron establecer efímeras dominaciones, que desaparecieron en cuanto sus mismos soldados se mezclaban al desconcierto universal. Fue, como lo definió un célebre historiador, la rebelión del hombre contra la máquina. Los cadáveres insepultos produjeron las más terribles epidemias y la tierra amenazó con quedarse despoblada. Parecía haberse apoderado del mundo una locura formidable.

Fue la bancarrota de una civilización. Los pueblos se mezclaban unos a otros, emigraban en direcciones opuestas, en busca de ambientes nuevos y cada tribu, cada núcleo que se canjeaba, venía a engrosar las filas de los rebeldes de todos los países, que tampoco obedecían a un plan ni habían podido ser controlados, como ocurrió en las pequeñas revoluciones de los siglos XVIII, XIX y XX, por una o dos voluntades supremas. Allí pereció toda la civilización antigua.

Se asombraba Rogers de la descripción inverosímil. Los hombres de su época se mostraban ufanos con su civilización, tenían la certidumbre de poseer la verdad definitiva, estaban seguros de tender hacia su dicha perdurable, establecían ilusiones fantásticas con imperturbable seriedad. ¡Y todo eso descansaba sobre el error, sobre el vacío, sobre la nada!

—De ese bautismo de sangre— continuó J. Gu —salió el mundo rejuvenecido. La población había mermado en varios miles de millones, nuevas costumbres, nuevas teorías comenzaron a esbozarse sobre las ruinas de las anteriores, un nuevo sentido, más humano, de la mecánica, fue impregnando el ambiente, principios inéditos de física se descubrieron, todo tuvo una aplicación más sensata, más perfecta, más simplificada. Poco a poco empezaron a constituirse otra vez las autoridades, pero los viejos sistemas egoístas habían desaparecido. Ya no eran las antiguas naciones encerradas en fronteras invulnerables, que los fabricantes de mapas señalaban con diversos colores para el perfecto aislamiento. Todos los procedimientos de la política habían desaparecido en ese gran naufragio. Era un mundo nuevo...

En un ángulo de la habitación se encendió brevemente una luz roja, que producía un leve sonido musical.

—¿El teléfono contemporáneo?— inquirió Rogers, dispuesto a adelantarse a los acontecimientos.

—No. Nos recuerdan una cita que tenemos. Usted sabe, nos encontramos metidos en esa investigación. Tenemos algunas teorías que necesitamos comprobar. Hay quizás más de un fenómeno desconcertante en todo esto...

—Pero yo necesito saber...— inquirió Rogers con ansiedad. —Necesito saber cómo está constituido esto, cuál es el régimen político, las costumbres, el amor, todo, la filosofía, todo...

—Debemos irnos. Pero lo llevaremos a la biblioteca...

—No. Me voy a volver loco. Déjenme ustedes aquí. Debo meditar en todo esto. La gran quiebra de la civilización... La nueva civilización... Todo esto es sorprendente. Los espero con ansiedad. Prefiero que ustedes me conduzcan siquiera hasta los umbrales antes de penetrar en el gran templo de las modernas teorías.

VI.

En la Clínica del doctor Var, a donde había regresado al anoche, dejando inconclusa la conversación de los periodistas, que le había impresionado tan profundamente, Rogers se entregaba a una serie de meditaciones. Se sumergía dentro del asombro. Nada de lo acontecido y menos aquella crisis formidable que derribó la ufana civilización del siglo xx, que inició una mutación fundamental de principios y de doctrinas, se había previsto en su tiempo. Se pensaba entonces en el progreso continuo e indefinido y todas las fantasías sobre el futuro se encaminaban a conceder mayor amplitud a ese mismo progreso. Pero no se pensó que pudiera ocurrir una transformación que él, hasta entonces, solo había vislumbrado.

Necesitaba exteriorizar algunos pensamientos. Ansiaba comunicar sus impresiones, solucionar algunas dificultades,

ampliar sus pequeñas apreciaciones. Se desesperaba ante un hecho evidente: la concepción física y material de la civilización no había sido tergiversada. Para este aspecto del progreso, la teoría de lo indefinido no había fallado. Ahora se aprovechaban fuerzas que sólo se habían presentado en su siglo, se utilizaban múltiples elementos de su época. No existía ya el afán de conocimiento y la curiosidad por los orígenes de todos los fenómenos se había amenguado. La mujer había descendido de su pedestal: el viejo ideal que fundamentó el arte durante siglos había desaparecido. El sentimiento admirativo era delincuencia, como era repugnante y de mal gusto comer en público. La mujer no era lo que antes. Se inventaron nuevos aparatos mecánicos como cooperadores de la vida humana, se concedía al confort y a la facilidad en los transportes una importancia primordial. Pero el espíritu, la concepción de los principios fundamentales, la moral, la metafísica, las ciencias especulativas habían sufrido una alteración que no era proporcional al progreso físico. La ascensión, en este sentido, no había observado leyes de ninguna especie y, en cierto sentido, la vida que ahora empezaba a descubrir se le antojaba primitiva, absurda como un retorno.

Habíase entregado siempre a la meditación y a la deducción. Todo debía tener un origen y era preciso encontrar ese origen. Sobre esto fundamentaba su pequeña sabiduría de hombre del siglo antepasado y, persiguiendo tales finalidades, no se sentía por completo dentro del espíritu de la época, sino que le parecía vivir a la manera de los filósofos contemplativos. Sus estudios médicos pudieron ser amplios, pero nunca pensó extraer de ellos utilidad directa. Tenía una renta apreciable que le permitía vivir

tranquilamente y dedicar su tiempo a las investigaciones científicas. Así había logrado descubrir la fórmula que, ensayada en varios animales domésticos, le permitía ahora la prodigiosa reviviscencia. Pero había encontrado un concepto distinto de la vida. Múltiples preocupaciones que en otro tiempo fueron fundamentales se habían desvalorizado y el amor, la beneficencia, las relaciones sociales, todo lo descubría mudado en forma no prevista jamás. La cultura le parecía superficial e inexpresiva, si consideraba a los periodistas, los únicos hombres del nuevo mundo con quienes había departido, como representantes de ella. Por otra parte, la mujer no era ya una expresión del entero anhelo de la belleza: era un individuo. ¿Qué ideal entonces, embellecía la vida de esta gente, que empezaba a parecerle absurda y sosa?

Quería aclarar todo esto. Pero no se atrevía a exteriorizar sus sospechas de que la vida espiritual de su siglo hubiera sido más intensa, más bella, más armoniosa que la actual, relajada por una inexpresiva severidad.

Interrumpió sus meditaciones cuando escuchó la voz del doctor Var:

—Venga usted. Creo que podré ofrecerle una sorpresa. Usted que es médico apreciará mejor esto.

Miró a todos lados. Estaba solo. Pero en un extremo del salón, una pequeña pantalla de vidrio esmerilado reflejaba, como la imagen de una cámara oscura, una escena móvil. Rogers se aproximó. Reconoció al doctor Var en medio de un grupo de cuatro personas, que se inclinaban sobre una mesa de operaciones. El médico levantó la cabeza, le dirigió una sonrisa discreta y su voz fluyó, sonora, de sus labios empujados:

—Venga, a la derecha está la puerta.

Dócil a la orden, Rogers salió disgustado. De manera que allí, por aquella pantalla, se podían observar sus más pequeños movimientos ¡se podían, acaso, interpretar sus meditaciones! Estaba, pues, sujeto a un espionaje. Tal idea le produjo un sufrimiento auténtico. Quizás, sin que él lo supiese, cien ojos indiscretos le estuvieran estudiando su vida íntima, ahora cuando empezaba a sufrir, también, el rubor de comer.

Se orientó hacia la sala de operaciones. Volvió a ver la escena que había contemplado sobre el cristal despulido. Cuatro individuos desconocidos y el médico se inclinaban sobre un enfermo, que más parecía un cadáver. Var se refirió a Rogers:

—Este es el individuo de quien he hablado a ustedes— dijo. —Conviene observarlo cuidadosamente. Además del caso clínico, trae consigo el espíritu y la civilización de una época extinguida. Vale la pena de contemplarlo, de estudiarlo, de hablar con él. He creído oportuno entregárselo a los periodistas J. Gu y M. Ba, quienes se prometen hacer una reconstrucción perfecta del siglo xx, a través del espíritu de este hombre.

Rogers trató de inclinarse, como lo hacía en su primera vida, cuando lo relacionaban con algo. Estuvo a punto de decir su nombre y agregar la frase trivial e insincera:

—A sus órdenes.

Pero a tiempo cayó en cuenta de su situación actual. Miró a cada uno de los médicos y luego preguntó, sin transición, al doctor Var:

—Me ha llamado usted. ¿De qué se trata?

En el fondo, su descontento inicial había crecido. Era un objeto experimental y no se le consideraba como un hombre. Se había asimilado a un artefacto de museo, a un fenómeno, a un ser estrafalario y absurdo, que solo representaba una época desaparecida, sin que su esencia individual significase nada. No era un hombre: era un objeto.

—Verá usted— exclamó el doctor Var. —Usted era médico, ¿verdad?

—¿Era?... Quizás sí. Ahora no estoy seguro.

—¿Pero ha recobrado usted por completo la memoria?

—La he recobrado. He reconocido las calles antiguas de Barranquilla y he logrado establecer diferencias entre el aspecto material de la ciudad de entonces y el de hoy, lo mismo que entre aquellas costumbres y las presentes, esto no podría realizarse sin la cooperación de la memoria.

—¡Cuánta palabra inútil!— expresó otro de los circunstante. —Hubiera bastado decir simplemente: sí.

Y dirigiéndose a Rogers:

—¿En su tiempo eran todos así? ¿Empleaban tanta frase innecesaria?

—Quizás yo haya sido demasiado discreto y retraído para entonces— respondió Rogers. —Pero procuraré acomodarme a todo.

—Es evidente— agregó otro —que la vida de nuestros antepasados era complicada, absurdamente complicada y un tanto ridícula. Pero vamos a nuestro trabajo.

Se aproximó a Rogers antes, le levantó los párpados, le tomó el pulso, le pidió que le mostrase la lengua y exclamó:

—No está mal.

—¿Utilizan los mismos métodos que en mi época? ¿Pero es que la medicina no ha prosperado?

Sonrieron. Después, una cuchilla experta rasgó el pecho del yacente.

—¿Un enfermo?— preguntó Rogers.

—No. Un muerto— respondió el doctor Var, que parecía más condescendiente que los demás.

—¿Un muerto? ¿Y qué van a hacer con él? ¿una autopsia?

—No. Le explicaré. Este hombre acaba de fallecer. Como usted ve, aún conserva calor. Una corriente eléctrica, transformada por aparatos especiales, mantiene constante la temperatura y los órganos en vitalidad perfecta.

—¿Pero con qué objeto? ¿Para hacer estudios?

—No. Para hacer transplantaciones.

—¿Transplantaciones de órganos?

—Sí.

—Conozco la teoría. La expresé, en mi tiempo, el doctor Alexis Carrell. Pero los órganos trasplantados eran absorbidos por los jugos del cuerpo y jamás se logró remediar este inconveniente. El experimento parecía condenado al fracaso.

—¿Pero no logró usted mismo una suspensión de las actividades vitales de sus órganos?

—Es verdad. Pero no es lo mismo.

—En cierto modo sí. Este hombre pereció en un accidente. Sufrió una caída que le ocasionó la muerte. Pero sus órganos internos, el corazón, los riñones, los pulmones, el estómago, funcionaron con perfecta normalidad hasta el último momento.

Ahora podremos conservar esos órganos, durante algún tiempo, con el fin de reemplazar un corazón, un riñón o un estómago enfermos, cuya deficiencia es origen de muerte. Fue vencida la facultad de absorción de los cuerpos extraños. Ahora los órganos se inmunizan contra ella y, después de una pequeña crisis, de un período cicatrizante, el estómago trasplantado empieza a prestar sus servicios con gran regularidad.

—¿Y cómo se conservan?

—En una solución química, a base de sustancias nutritivas para las células vitales. Como usted sabe, se conoce la composición íntima de las células de cada uno de los tejidos corporales y, por consiguiente, la proporción exacta de elementos químicos que requieren para la perpetuación de su capacidad vital. Es preciso, además, conservar la temperatura adecuada, produciendo, en ocasiones, estados transitorios de fiebre, a fin de aumentar determinadas eliminaciones. De esta suerte, los órganos se mantienen siempre dispuestos para la operación.

—Pero para trasplantar el corazón tiene que interrumpirse la circulación...

—No se interrumpe. Se reemplaza transitoriamente el músculo cardíaco por una bomba de funcionamiento mecánico, que produce exactamente los efectos de la sístole y de la diástole, llevando la sangre a todos los miembros, paseándola por los pulmones, efectuando, en fin, todas las actividades que usted conoce. Entre tanto, se van soldando los nervios, las venas, las arterias y, después, impulsado por movimientos de origen externo, el corazón comienza a sustituir poco a poco a la pequeña bomba artificial. Esta operación requiere unas

semanas de inconsciencia en el enfermo, pero da excelentes resultados en un noventa por ciento de los casos.

—¿Se ha logrado disminuir el índice de mortalidad con este prodigioso descubrimiento?

—No. Pero se ha podido prolongar el estado saludable de la vida, se ha alcanzado un rejuvenecimiento relativo en los ancianos. Tengo la opinión de que la muerte no será jamás vencida, pero considero que la capacidad de acción del organismo se puede alargar indefinidamente. Los hombres son, desde luego, más sanos, más aptos para el trabajo, más alegres y optimistas. Pero la muerte acecha siempre y, a pesar de todas las previsiones de la ciencia, llega callada, traidoramente, como continuará legando por una ley inmutable de la naturaleza.

VII.

Ahora, volando de nuevo sobre Barranquilla, Juan Francisco Rogers apreciaba con mayor serenidad que la primera vez la transformación operada de la ciudad. Había aprendido el sencillo manejo de las avionetas más usuales, conocía las disposiciones del tráfico aéreo y se había lanzado, sin acompañante ni guía por los espacios. El ágil vehículo, más dócil que un automóvil de su época, evolucionaba con una asombrosa precisión de movimientos. Por encima, a mayor altura, los grandes aviones trasatlánticos proyectaban su sombra silenciosa. A los lados, por debajo, en todas direcciones, avionetas semejantes a la que conducía Rogers, con mayor o menor capacidad, pero movidas por el mismo principio de energía, descendían ligeramente sobre las terrazas, ascendían con pausa, se mezclaban al conjunto, se

perdían entre la muchedumbre, trazaban graciosas parábolas, describían fáciles figuras geométricas.

Y todo esto en silencio. Silbaba el aire tenuemente cuando una avioneta pasaba a su lado. Pero ni los rugidos de las viejas hélices, ni las trepidaciones de los motores turbaban la solemnidad de aquella agitación.

Era entonces cuando Rogers saboreaba con plenitud la grandiosidad del mundo que descubría. Quizás tuviesen razón los que censuraban la complicación absurda de que se rodeaba la vida en los últimos siglos, cuando hizo irrupción la mecánica como una invasión de bárbaros. Ahora solo se aprovechaba de esa ingeniería opulenta aquello que contribuyese al bienestar efectivo, a la simplificación de la vida, al confort sin exageraciones sibaríticas.

Debajo de la cabina se extendía la ciudad. Trenzaba sus calles en escuadras, formando paralelogramos casi perfectos. Emergía una vegetación miserable en las avenidas, limitadas por las fuertes construcciones de acero y cristal que constituían la última palabra de la arquitectura, que daban armonía y agilidad al conjunto y permitían un leve imperio de la fantasía. Por las dos orillas del río hasta su fusión con el mar se extendían los antiguos muelles de concreto, a cuyo borde llegaron las históricas embarcaciones de todos los países, en los días remotos en que el vapor era el impulso de las hélices y en que los hombres se veían obligados a curvarse sobre las ondas indómitas. De los malecones se habían hecho paseos para peatones y, en las horas nocturnas, una multitud mesurada y silenciosa aparecía

sobre el pulido pavimento y proyectaba sus sombras sobre el lecho móvil del río.

Luego, hacia el antiguo barrio de Las Delicias, se elevaban las armaduras aceradas de las torres que habían recibido los dirigibles. Pero el transporte por dirigibles no prosperó. El vehículo era demasiado voluminoso y su capacidad limitada. Quedaron allí las torres enhiestas, como un testimonio del esfuerzo perenne que realiza el hombre hacia su progresión.

Todavía estaba allí el Prado. Las habitaciones casi rústicas y ahora anticuadas ostentaban su aspecto pintoresco y sólo en torno del Hotel, conservado prodigiosamente, se levantaban grandes edificios, que procuraban competir con la grandiosidad de aquel monumento. Ya no era, en él, la vieja actividad. Los nuevos conceptos de moral, que hacían de la alimentación una función vergonzosa, habían reducido la categoría de los hoteles a simples casas de apartamentos. La fama de una buena cocina habíase extinguido para siempre.

Volaba sobre el Prado y se dirigía, siguiendo el río, encajonado entre los muelles hasta los cuales avanzaban su audacia las construcciones de múltiples pisos, hacia el mar. Veía la playa rumorosa y agitada por el eterno choque entre el río y el océano. Pequeñas embarcaciones de recreo surcaban el agua verde, penetraban por las Bocas de Ceniza y llegaban hasta los muelles. Ya no eran las negras humaredas de los vapores. Eran lanchas silenciosas, de pescadores o deportistas, que no prestaban gran utilidad. Las nuevas fuentes de energía habían modificado por completo el sistema de transportes.

Volvía hacia los barrios más viejos. Las calles que en otro tiempo fueran centrales, llenas de actividad intensa, ofrecían ahora un aspecto vacío y desolado. Estaba acostumbrado a contemplarlas llenas de automóviles, guiados por faros reguladores, cubiertas de una multitud inquieta; ahora sólo ambulaban algunas personas, sin la antigua agitación, con la parsimonia y con la solemnidad que parecían impregnar todos los actos de la nueva humanidad. La calle de San Blas, la Avenida 20 de julio, el Paseo Colón, prolongado durante algunas cuadras en 1975, que parecía una brecha abierta entre las techumbres incontables, ofrecían un aspecto arcaico, que penetraba en el espíritu de Rogers, que lo nutría de emoción y lo hacía evocar sus primeros días sobre la tierra, tan próximos y tan lejanos a la vez. Leves transformaciones se habían hecho, que no alcanzaban a cambiar fundamentalmente el espíritu que impregnó el siglo xx, cuando toda la actividad de Barranquilla se desarrolló en aquel sitio y aún no se había corrido hacia las orillas del río, en busca del mar.

Rogers se detuvo suavemente sobre la terraza de *El Sol*, que emergía por su altura sobre los edificios que lo rodeaban. Luego descendió a las habitaciones de J. Gu. Estaba el periodista reclinado en cómodo sillón y sostenía en sus rodillas un tablerito que movía con destreza.

—Esta es la máquina de escribir— explicó ante la mirada interrogante de Rogers. —Ahora se escribe por sílabas. No siempre sale bien la ortografía, pero algo hay que sacrificar a la comodidad.

Rogers observó el funcionamiento del aparato. Sobre una mesa situada más allá había un mecanismo que rodaba silenciosamente, trazando líneas sobre el papel. Ni un ruido delataba aquella actividad, que Gu provocaba desde su sillón, en aquel tablero que no pesaba medio kilo y que funcionaba bien en cualquier posición.

Ya Rogers estaba fatigado de sorpresas. Pero alimentaba una curiosidad perenne. La expresó:

—El otro día hablábamos sobre la crisis del año 2000. Algo interrumpió nuestra conversación. ¿Quiere usted que sigamos?

—Desde luego. Me agrada hablar con usted. Decíamos que hacia el año 2000 se había presentado la más tremenda crisis, calificada por un historiador como la rebelión del hombre contra la máquina. Había progresado el maquinismo hasta el punto de eliminar al obrero. La tierra se había poblado en exceso. Fue, aquello, una poderosa sangría. El renacimiento de la normalidad, sesenta años después, se inició con una población razonable, con grandes capacidades de selección, que procuró aprovechar cuanto de útil dejara la muerta civilización que en los textos de historia antigua se denominaba occidental. Es indudable que el ambiente se había purificado en aquella dura transición. Todo esto se lo diré a grandes rasgos. Como usted comprenderá, abunda la literatura sobre tan extraordinario acontecimiento. Como consecuencia de aquel gran armisticio, se establecieron las Asambleas Universales, de la que parece haber existido un precursor en una Liga de Naciones surgida después de una de las guerras que asolaban los países históricos. Por medio de pactos especiales, las

determinaciones de estas asambleas, que funcionan durante un año cada década, tienen carácter legislativos para todos los pueblos del orbe. Allí se constituyeron los nuevos sistemas de gobierno, se declaró la independencia de las ciudades, se abolieron las antiguas fronteras que dividían a los hombres y eran fuente continua de odios y de represalias. Se dispuso que todas las ciudades organizaran su funcionamiento interno como entidades independientes, cuyas relaciones quedaban regularizadas por disposiciones de la Asamblea. De esta suerte surgió un espíritu de mutua ayuda, de auxilio recíproco que no había logrado estabilizarse dentro de las antiguas nacionalidades.

—¿Y esas ciudades cómo se gobiernan?

—Por juntas de comisarios. En ellas están representadas todas las actividades y todas las situaciones sociales.

—¿Pero entonces el comunismo?

—Parece que en su tiempo constituía la más estupenda novedad el comunismo. En realidad ofrecía aspectos de gran seducción. Posiblemente, esta nueva organización de los pueblos, la independencia de las ciudades, la abolición absoluta de las fronteras, el intercambio comercial y espiritual a base exclusiva de buena voluntad, sean residuos de aquel comunismo espléndido que apareció, como una secta, en Europa, en el primer cuarto del siglo xx, ¿no es eso?

—Sí. En efecto. Fue en Rusia...

—Un antiguo país, que abarcaba gran parte de Europa y el norte de Asia, llamado Rusia. Fue aquello un laboratorio colosal, donde el comunismo se hizo humo, después de

un período de perspectivas malas y buenas. Emergía de allí una propaganda formidable contra los sistemas de gobierno de otros países y al propio tiempo, se estimulaba, hasta lo fantástico, el progreso de la mecánica. Parece que el ideal era reemplazar al obrero por la máquina, para que el obrero tuviera el máximo de comodidades con el mínimo de esfuerzo. Pero este mismo empeño fue el origen de la catástrofe. Cuando la máquina desalojó al obrero, este no pudo aprovechar los productos de la máquina. Hacía falta algo, la representación de un esfuerzo que compensara otro esfuerzo, el intercambio de servicios por el medio práctico de la moneda o por cualquier otro medio. Pero este intercambio se hizo imposible. Fue entonces cuando surgió el cataclismo.

—¿Y las ciudades se bastan a sí mismas?

—No se bastan. Mas existe un sentimiento de solidaridad humana, que partió de la primera Asamblea Universal y que ha penetrado profundamente en el corazón de todos los hombres. Por otra parte, se han extinguido incontables preocupaciones que aislaban a los pueblos y eran la causa de discordias. Se ha logrado reducir la ambición a sus límites exactos, es decir, hasta el punto en que su satisfacción no origine un mal ajeno. Por otra parte, la ausencia de grandes conglomerados de ciudades, unidas bajo una misma finalidad de dominio y de supremacía, cobijadas bajo una bandera simbólica, expresivas de un arcaico ideal de patria, contribuye a estabilizar esta sociedad. Barranquilla, por ejemplo, es una ciudad industrial. Produce incontables manufacturas que los aviones de gran capacidad, esos aviones de 10000 toneladas que ha visto usted, llevan a

otros lugares y canjean por productos de índole reservada pero indispensable, como los agrícolas, o por otras manufacturas que no puedan fabricarse aquí. Este comercio no está limitado a cierto número de ciudades, como ocurría en las antiguas divisiones geográficas, sino que abarca a todo el mundo: a todos los lugares donde puedan llegar sus transportes.

—¿Y el antiguo régimen? ¿La democracia?— preguntó Rogers.

—¿Y no existió antes también el sistema feudal?— dijo el periodista. —Pero todo pertenece al pasado. Todo se confunde en la lejanía de los siglos. Yo, por ejemplo, no he entendido nunca eso de la democracia. Usted que, al parecer, la vivió, explíquemela.

—La democracia adquirió forma con la toma de la Bastilla, en París, el 14 de julio de 1789— explicó Rogers. —Aquel acto constituyó la abolición de un sistema de gobierno, absolutista y monárquico y su reemplazo por otro: del pueblo y para el pueblo. Dentro de una evolución de décadas, la fisonomía de la democracia, que tenía algunos antecedentes en la antigua Atenas, se fue estabilizando, se fue definiendo, el gran principio filosófico adquirió contornos precisos. El pueblo era su soberano.

VIII.

—¿Y en realidad se gobernaba a sí mismo?— interrogó el periodista.

—Verá usted— respondió Rogers. —Este principio, que despertó un entusiasmo formidable en las masas, que las condujo hasta los más inverosímiles sacrificios, que se trasladó de Francia a América, donde encontró el terreno más fértil y más fecundo, sufrió, al practicarse, mutaciones fundamentales. La antigua aristocracia empezó a ser reemplazada poco a poco por la burguesía y la nobleza de la sangre, hereditaria y fastuosa, por la del capital, adquirida y humillante. Este predominio de la burguesía capitalista, cuyas fortunas se habían completado con lo que el filósofo Marx denominó plusvalía en el trabajo del obrero fue lo que dio origen al comunismo, al comunismo ese que

en nuestro tiempo se creyó la más atrevida concepción de gobierno y cuyo gran fracaso me acaba de revelar usted. Tornó la existencia de las clases sociales, casi tan determinadas como durante el feudalismo, aunque con menos prerrogativas, gracias a la adopción de leyes; y vino otra vez el descontento de los humildes.

El periodista guardaba silencio, escuchando a Rogers. Este continuó:

—La democracia fundamentó el régimen republicano, que parecía su más perfecta expresión. Estableció el ejercicio del sufragio, en virtud del cual el pueblo elegía sus representantes en los cuerpos legislativos y el jefe supremo de la administración, que podía nombrar sus subalternos, ministros del despacho o gobernadores de las secciones en que se dividían los países.

—En realidad, la teoría presentaba aspectos de seducción.

—Subsistía un nacionalismo integral, que convertía a los países, separados por simples accidentes geográficos, en enemigos irreconciliables. Dentro de la igualdad de régimen, las guerras fructificaban.

—Es natural. Porque las fronteras estimulaban una falsa emulación, creaban el egoísmo, despertaban los anhelos de conquista, orígenes todos de odio. Pero el régimen democrático de que me habla, no resultaba eficaz, según entiendo...—aventuró el periodista.

—No resultaba eficaz— respondió Rogers. —La teoría conservaba sus características integrales, pero la práctica se corrompió. No era difícil presumir, en mi tiempo, en pleno

florecimiento de la democracia, la muerte del sistema. El ejercicio del sufragio se convirtió en el negocio más inmoral. Los votos se compraban y se vendían. La intriga ejercía pasión sobre las multitudes. Las agrupaciones políticas que, dentro del mismo principio democrático encarnaban tendencias adjetivas, establecieron una constitución íntima de directorios, por medio de los cuales obligaban al pueblo a consignar su voto. Políticamente, la multitud continuaba rindiendo vasallaje: carecía de voluntad y la libertad de acción era un simple concepto, de gran utilidad en las campañas de propaganda. En el nombre del pueblo, los estados se dieron cartas fundamentales, que violaban múltiples principios de la democracia y se prestaban a interpretaciones bárbaras. Se proclamaba la libertad, pero el estado quería intervenir aun en los actos privados de los ciudadanos. El señor había sido reemplazado por una entidad compuesta y anónima: pero el pueblo debía rendir homenaje. No, en realidad, no existía una diferencia apreciable entre el régimen feudal y el llamado democrático. Se habían suprimido ciertos derechos, como el de pernada, pero dentro de las Repúblicas existía la servidumbre económica. Los campesinos, aún en plena civilización de 1932, eran prestados por los latifundistas, como bestias, para labrar la tierra. Debían pagar el usufructo de pequeños terrenos con trabajo personal y estaban sometidos a humillaciones más lamentables, por cuanto eran menos provechosas para ellos, que mil años atrás.

—Pero ustedes vivían dentro de una contradicción permanente...— reflexionó el periodista.

—La teoría bastaba para satisfacer la ignorancia colectiva. La práctica opuesta se presentaba como interpretación de la teoría. Gobierno del pueblo y para el pueblo, se decía. Pero existía incontables familias de dominio hereditario, que constituían pequeñas dinastías. La política se agitaba en círculos y en sanhedrines a donde no llegaba el ojo del pueblo. Había clases directoras, de cuyo seno salían los usufructuadores de los cargos de elección, los administradores del erario, los gobernantes y los ministros. En realidad, ahora puedo hablar con libertad sobre la gran farsa de la democracia. En mi tiempo me hubieran injuriado los mismos hijos del pueblo sometidos a la servidumbre moral y económica: creían en la democracia, se mataban por ella, era la verdadera divinidad que había reemplazado a todos los dioses de las doctrinas religiosas. Despertaba un fanatismo unánime, era intocable y sagrada.

—¿Y eso de los congresos y las leyes...?

—Los congresos eran corporaciones elegidas en la forma explicada, por el pueblo. Los directorios políticos señalaban a las muchedumbres las listas de candidatos y los ciudadanos, orgullosos de su capacidad electora, iban como borregos llevando en sus manos aquellas listas, que adquirirían carácter inmutable. La posición y la influencia del elector y su posibilidad de arrastrar consigo votos, originaban cotizaciones que se pagaban en dinero o en posiciones. Los congresos nunca estuvieron constituidos, como seguramente tratarán de asegurarlo los falsarios de la historia, por los más puros, por los mejores, por los más sabios. Lo estaban por los más ágiles en la intriga, por los más expertos en la reptación, por los más

capaces de sugestionar al pueblo. En esas corporaciones públicas se ejercitaba una fatigosa elocuencia, había quien durara semanas tratando de demostrar, por ejemplo, la conveniencia de investigar una vida privada, pero luego todo se rectificaba.

—¿Y obtenían provecho?

—Además del dinero que el gobierno les pagaba, recibían donaciones secretas, efectuaban negociaciones ocultas, traficaban con las influencias, se entregaban a la práctica de todas las inmoralidades a cambio del coronamiento de una ambición o del enriquecimiento personal. Canjeaban discursos por empleos, por legaciones...

—¿Legaciones?

—Sí. Había altos empleos, prodigiosamente retribuidos, que consistían en llevar la representación de un país en la capital de otro. Todo se reducía a concurrir a fiestas sociales, a practicar la intriga internacional, a residir en grandes ciudades.

—¿Y el congreso trabajaba por sus electores, los ciudadanos?

—En absoluto. Se expedían algunas leyes, que el poder ejecutivo, la otra rama de la administración pública, se negaba a cumplir bajo cualquier pretexto. Casi todas eran absurdas o inconvenientes. Pero lo esencial era hablar. Hablar mucho, continuamente, sin descanso, horas y horas. Desde luego, dentro de tan prolongadas exposiciones se incluían muchas tonterías. Pero el público satisfecho con esta demostración de vitalidad en un cuerpo que él mismo presumía de haber creado, aplaudía el espectáculo. Gustábale a aquella gente oír hablar a todas horas. Donde alguien levantaba la voz se acumulaba un tumulto. En los salones donde se reunía el congreso

era enorme la afluencia. Al congreso le llamaban parlamento: nombre que encajaba con perfección a sus funciones.

—Parece imposible que cuando parecía existir un excelente fundamento de civilización se presentaran tan agudos cuadros de barbarie— comentó el periodista.

Rogers meditó:

—Comprendo que, en realidad, la vida resultaba demasiado complicada. Todo era sinuoso, falso, hipócrita. Creo que hay ahora más nitidez...

—La hay. Mis lecturas me han revelado parte de aquel primitivismo. Pero nunca lo he sentido como ahora, ante su evocación. Continúe usted.

—Lo que ocurría en el congreso se presentaba también en las esferas gubernamentales. Había transacciones de toda índole, canjes de concesiones, era raro el hombre que habiendo logrado introducirse dentro de las clases directoras no lograra respaldar su posición política con el desahogo económico: condiciones ambas que lo situaban dentro de una aristocracia práctica. Naturalmente, al influjo de esa inmoralidad colectiva, a la que prestaba todo su auxilio la clase humilde, engañada por lo deslumbrante de la teoría, gobierno del pueblo y para el pueblo, la democracia tenía que ir cediendo a la putrefacción que la carcomía y era necesario, fatal, que el opulento sistema teórico acabara por arruinarse. En mi tiempo existían perspectivas de este derrumbamiento. No me ha sorprendido la transformación efectuada en lo político, si bien es conveniente que usted me ilustre con más informaciones. No he logrado

interpretar con exactitud el actual sistema de administración pública. De ahí mi pregunta sobre la democracia que usted no conocía con amplitud.

—Había leído algo sobre la teoría. Pero ignoraba la práctica. En realidad, los escritos que nos restan de la época cuyo desarrollo pudo usted presenciar, son incompletos, inconexos y tienden a justificar las libertades de que se preciaban. Pero dejan un margen de indecisión, de torpeza, de titubeo, que revelan algo de lo que usted me ha dicho.

—Pero resta una posibilidad de destrucción para este mundo nuevo, para esta civilización humanizada de que me había hablado usted— exclamó Rogers después de un prolongado silencio, en que los interlocutores se entregaron a recónditas meditaciones. —Y esa posibilidad es la superpoblación. Usted me ha dicho que fue, quizás, la superpoblación uno de los factores de la gran crisis del año 2000. ¿No puede, dentro de algunos siglos, repetirse el origen de malestar?

—No— respondió el periodista. —Existen disposiciones adoptadas por la Asamblea Universal y aceptadas por todo el mundo, que señalan el índice máximo de población. Para llegar a este resultado, se han establecido divisiones imaginarias de núcleos de población compuestos por algunas ciudades limítrofes y se ha señalado un máximo de habitantes para ese núcleo. Esto no puede realizarse sin estudios detenidos sobre las posibilidades de la tierra, sobre la capacidad industrial, sobre la amplitud geográfica del transporte. Tales divisiones se han realizado para facilitar el intercambio individual de ciudadanos.

—Entonces la natalidad...

—La natalidad está limitada— completó el periodista.

—Cada ciudad debe sostener una clínica para prevenir el exceso de natalidad. Además, solo pueden tener hijos los individuos perfectamente conformados, previos exámenes de extraordinaria minuciosidad por parte de los médicos. Cada mujer ha de revelar oportunamente quién es el padre del ser que palpita en sus entrañas; y si ni ella ni él reúnen las condiciones exigidas por esta disposición, el germen será anulado oficialmente. Hay penas severas para los que infringen estas leyes y los productos de este delito ingresarán a asilos especiales donde son sometidos a procesos de perfección o de muerte. Así se ha tratado de formar una raza única y perfecta para habitar en el planeta, cuyo equilibrio fisiológico sea tan exacto como el espiritual. Así se trata de extinguir los odios y las rivalidades, de mantener una serenidad máxima sobre la tierra, de estabilizar entre los hombres el amor y la buena voluntad.

—¿Pero entonces aquellos individuos que no están conformados de acuerdo con las exigencias de los facultativos no tienen derecho al amor, al amor en su expresión grosera en que lo entendíamos en el siglo xx?

—Lo tienen. Pero no pueden dejar descendencia.

—¿Y la ternura, la armonía, el aprecio mutuo, la estimación, todo eso que purificaba el amor y que embellecía las relaciones entre los sexos?

—Vanas palabras. ¿A qué rodear de complicaciones una función orgánica?

Rogers se sentía invadido por la angustia. Una angustia que representaba el quebrantamiento de todo un sistema sentimental. Argumentó anhelante:

—No. Eso no puede ser. Falta una de las razones fundamentales de la vida. ¿Cuál es la finalidad de todos los esfuerzos?

—Conceptos puros de benevolencia y de solidaridad universal. Resultaría demasiado miserable concretar la finalidad suprema de la vida, el origen de todos los esfuerzos, el estímulo de todas las actividades en un sentimiento de tan exagerada ruindad.

—¿Entonces el hogar?

—Otra palabra vana. El hogar estaba constituido a base de una desigualdad bárbara entre el hombre y la mujer. En el hogar el hombre predominaba con la fiera salvaje del macho, de su fuerza, de su superioridad. La mujer aceptaba dócil y silenciosamente aquella brutal imposición, violatoria de la definición misma del ser humano. Ahora los sexos son idénticos ante la ley y ante la sociedad. Las uniones matrimoniales tienen el simple carácter de amistad íntima. ¿Cuál otro quiere usted que tuvieran? Pero cada uno vive su vida, cada uno está independiente y libre.

—¿Y los hijos?

—Los hijos son educados por la ciudad. Los padres, plenamente reconocidos, deben pagar ciertas indemnizaciones, proporcionales a sus ingresos. De esta suerte se ha evitado que, como pasaba en la antigüedad, un hombre, culpable solamente de haber engendrado siete hijos, estuviera perpetuamente esclavizado a ellos. ¿No interpreto bien aquellos

días? Y a propósito: conviene que yo le formule también algunas preguntas sobre las costumbres de su época. Trato de escribir algo nuevo, aprovechando su presencia, sobre la vida íntima del siglo xx...

—Le resultaría muy sucia— respondió Rogers.

—Lo creo. Pero no importa. ¿Ha visto usted una autopsia? Pues debe ser lo mismo.

IX.

Rogers pasó algunos días en la clínica del doctor Var, donde se entregaba a minuciosas observaciones, no sólo de las costumbres nuevas, sino de los procedimientos médicos y científicos contemporáneos. El doctor Var era un perfecto hombre de estudio. Sólo cuando se trataba de acontecimientos extraordinarios abandonaba la clínica, cumplía rápidamente su comisión y tornaba a entregarse a sus investigaciones en los amplios laboratorios del establecimiento, por cuyas ventanas penetraba el aire cálido del mar.

Nada había bastado a situar a Rogers dentro del presente. Ni las variadas explicaciones que le habían sido hechas, tanto por los periodistas que presenciaron su propio descubrimiento entre las ruinas del edificio destruido, como por los médicos y enfermeros de la clínica flotante. Su temperamento, su

psicología, su capacidad de apreciación, se resistían violentamente a la aceptación de los nuevos usos, de los conceptos extraordinarios cuyo desarrollo no pudo prever. Reconocía que bajo algunos aspectos la vida se había simplificado profundamente. ¡Pero a cambio de ello cuánta espiritualidad, cuánto vigor mental, cuánto regocijo corporal se habían eliminado!

Las satisfacciones capitales estaban depuradas, restando toda seducción a la existencia. La gula, por ejemplo, había descendido a un nivel de repugnancia, con las reservas sociales que se le habían impuesto. Alimentarse secretamente, en lugares ocultos, disminuía en gran parte el placer de la digestión. El amor, a su vez, había sufrido profundas modificaciones. No existía ya la posibilidad de las arcaicas emociones de los primeros besos, de las primeras frases de dulcedumbre, del "sí" de todas las novelas románticas de su época. Ahora era un contrato severo, adusto, en que nadie renunciaba a su independencia ni contraía responsabilidades. Era imposible admirar la maravilla de un contorno femenino que ondulaba por la calle, levantando tempestades de deseo. Había muerto también la vanidad, la divina vanidad de las mujeres, que las conducía al embellecimiento personal, que las llevaba a la decoración de sus rostros y que aumentaba las ilusiones de belleza. El arte era angular, áspero, arte de motor y de geometría. Nada restaba de la ideal escultura de otros siglos, cuando se concretaba la máxima expresión estética en el desnudo femenino, que era ahora bestial y estúpido.

No, no había atractivos para un hombre de su siglo en este otro siglo.

Él aspiraba al amor vehemente, nocivo, pecaminoso de su primera existencia. Quería admirar, con la vieja libertad, la gallardía de un cuerpo femenino y dejar amplitud a sus anhelos. Pero nada podían inspirar estas mujeres, enfundadas en largos trajes sin elegancia, estas mujeres nuevas de quienes había huido toda distinción. ¡Oh! Las emociones inauditas de las playas, los concursos de belleza, ¡la dulce sensación antigua! Sí: ahora también se hacían concursos de belleza: pero los ideales estéticos habían cambiado fundamentalmente. Era más bello quien ofreciese mayores capacidades de trabajo dentro de la respectiva profesión. Un concepto idéntico al de las exposiciones pecuarias. Todo radicaba en la identificación de estos dos conceptos: utilidad y belleza. Ahora lo bello era lo útil y viceversa. Tal era el final miserable de una civilización que él había supuesto que tendía al desarrollo y purificación de todos los principios que fueron las normas morales y estéticas de su siglo.

Desde el fondo de su alma elevaba sordidas protestas contra todo. Empezaba a descubrirse desadaptado. No podía vivir así. Dentro de su espíritu latían otros ideales, se agitaban otros fantasmas, surgían diferentes aspiraciones y no podía transformar esta capacidad sentimental ni acomodarla al ambiente en que se debatía ahora.

Analizaba a los hombres que había podido conocer: el médico, por ejemplo. La ciencia no era en él un ideal de servicio: era un profundo egoísmo. Quería acumular conocimientos pero no se preocupaba por su utilidad. Quizás otro hombre, en su siglo, que hubiera renacido como Rogers,

habría despertado un interés universal, habría sido objeto de la atención no solo de los científicos, sino de los profanos. Pero también el sentido del interés se había desviado. Ahora se encaminaba a la satisfacción íntima de cada uno. Su presencia en la tierra había sido estudiada brevemente por el médico, que había escrito un informe en el cual describía los procedimientos y las fórmulas descubiertos por Rogers, le había tomado el pulso y, penetrado del caso, había abandonado al resurrecto a su propia suerte. Lo había entregado a los periodistas, lo dejaba vagar por la clínica como un animal gracioso, lo abandonaba a sus angustiosas inquietudes. Al principio había confiado en que lo asociaría a sus investigaciones, en que procuraría establecer un canje de conocimientos. Porque era indudable que si habían ocurrido progresos tan notables como la trasplante de órganos, otros aspectos de la medicina habían caído en desuso y algunas nociones antiguas se habían perdido.

Quizás el mejor de todos era J. Gu. Presentaba un espíritu casi tan condescendiente como el de un hombre a la antigua. Gustábale hablar con él, instruiste, adaptarlo al medio, inculcarle el espíritu del siglo. Pero, en el fondo, quizás, esto era fruto del mismo sentimiento egoísta que impregnaba a la humanidad y en el cual situaba Rogers la ruina definitiva: de los cataclismos que originara este egoísmo no podría reconstituirse jamás. Él, sin embargo, utilizaba esta exteriorización del egoísmo de J. Gu, que aspiraba a escribir el más sensacional de los reportajes sobre la vida íntima de los comienzos del siglo xx, cuando estaba iniciándose el

proceso destructivo de una civilización que se creyó definitiva, proceso que culminó en el año 2000.

Y era a través de J. Gu como se había asomado al presente para reconocer su posibilidad de interpretarlo. ¿Cómo podía, en efecto, comprender la contradicción viva en que se debatían los hombres nuevos? Por una parte, el progreso profundamente materialista, con prescindencia de casi todas las preocupaciones espirituales: jamás había escuchado una simple expresión metafísica, ni alusiones al espiritualismo, ni al más allá, ni a religión alguna. No parecían existir templos dentro de las nuevas instituciones. El arte se había rebajado al suprimir de su interpretación toda tendencia puramente contemplativa. El amor era ahora el más trivial de los contratos, la más vulgar de las amistades; y como consecuencia de ella, la capacidad admirativa había desaparecido: nada producía sorpresa, nada despertaba un verdadero interés, dominaba una apatía desconsoladora por todo lo que no fuera el más brutal de los egoísmos. Su reingreso al mundo de los vivos, por ejemplo, publicado por los diarios con detalles minuciosos, no despertó la sensación que habían esperado: nadie manifestó curiosidad. Era indudable que los periódicos se leían como una necesidad permanente, practicada con el mecanismo que antes se colocaba en determinados actos físicos y lo mismo debía ocurrir con los libros. La continua circulación de las publicaciones no tendía a satisfacer, como en otro tiempo, las exigencias de una multitud perennemente insatisfecha, sino la pausada atención de una gente que se había habituado a enterarse de todo sin grandes inquietudes ni esfuerzos.

No, esto no era ambiente para Rogers. Empezaba a sufrir vaga pesadumbre por el resultado de su experimento. Reconocía el absurdo que había cometido y encontraba en la inadaptación, en el tedio, en el perpetuo descontento que lo poseía el castigo que la naturaleza impone a los violadores de sus leyes. ¡Hora infortunada aquella en que pensó maravillarse, como no lo había hecho ningún hombre, ante la contemplación de un futuro hecho presente por el esfuerzo creador de su voluntad! No era ambiente esta decadencia de la humanidad, que parecía tender a cerrar un círculo, que empezaba a trazarse en las cavernas de la edad prehistórica, recorría una trayectoria llena de incidentes, de filosofías, de mecánica, de guerras y de pasiones y terminaba en el punto de partida, en el hombre de la caverna. En realidad, no podía ser otra cosa esta depredación de todos los conceptos espirituales, esta materialización tremenda de todas las actividades humanas, profundamente opuestas, sin embargo, a la eliminación de las funciones nutritivas, como actos decorosos. Era en este punto donde parecían flaquear sus argumentaciones, donde sus presunciones pesimistas procuraban encontrar un punto de apoyo y una base de reconciliación con la época, sólo que le faltaba establecer la razón exacta para que la gula, que en otro tiempo fue aprovechada para manifestar todo regocijo social, hubiera descendido tan bajo: quizás también una paradójal tendencia al retorno a la materia pura.

Pasaba así las horas en continua tortura espiritual. El tedio se enroscaba en su corazón como una serpiente y tendía

a estrangularlo. Una fatiga indefinida por todas las cosas, una sensación miserable de fracaso, una perspectiva de angustia creciente eran los únicos sentimientos que presidían en su alma, preparada para encontrar las más agradables manifestaciones de una civilización que él supuso en creciente grandeza.

No era este alumbrado extrasensible que aclaraba las noches y que surgía de todas partes por medio de vibraciones producidas directamente sobre el éter por aparatos situados a gran distancia. No era la desaparición de las bombillas y el procedimiento para transmitir la energía eléctrica por las ondas radiantes en lugar de los antiguos alambres metálicos. Ni era la transformación de todas las irradiaciones emanadas de poderosas fuentes de calor y de luz alimentadas por la energía solar en las regiones más cálidas del planeta. Ni era tampoco el aprovechamiento del movimiento eterno de las olas marinas para aplicaciones industriales. Ni los avances íntimos de las diversas ciencias. Ni la transformación de los transportes, el descubrimiento de nuevos e invisibles rayos luminosos y de algunos de los fenómenos que se desarrollan bajo las vibraciones situadas más allá del violado y del rojo. Ni aquel aparato prodigioso, que funcionaba en la clínica como un viejo cinematógrafo, que permitía apreciar, por medio de reducciones o aumentos de los efectos luminosos los fenómenos de este mudo nuevo e inverosímil que se mueve al otro lado de los siete colores. Nada de esto era lo que esperaba encontrar en su regreso a la vida: era la depuración de los sentimientos nobles del hombre, el perfeccionamiento de las sociedades, los

grandes progresos espirituales, la evolución ascendente del arte, la purificación de los más elevados conceptos metafísicos, la existencia de una comprensión recíproca entre los hombres y los más exaltados sentimientos de amor y de caridad. Era en ello donde radicaba su gran fracaso.

X.

Así, sumergido dentro de la intensidad de sus sufrimientos, lo encontró aquella tarde J. Gu. Había llegado silenciosamente y Rogers lo había visto pronto, a su lado.

—Pero explíqueme esto— imploró Rogers concluyendo su pensamiento que lo martirizaba. —Esta restricción de la natalidad, este anhelo de evitar la superpoblación del mundo, este procedimiento para abolir las guerras, ¿es realmente un fruto de civilización? ¿Es, por el contrario, una inédita manifestación de barbarie? ¿Ha salido de los más puros sentimientos de amor a la humanidad o del más exagerado de los egoísmos?

—¡Cuánta palabrería inútil!— interrumpió el periodista —¿Pero no comprende usted lo que implica la crianza de un hijo y la cantidad de energías que requiere, energías que pueden invertirse en más provechosas finalidades? Además,

la guerra: ¿habrá algo más complicado e incómodo que la guerra? ¿Y la alimentación de esas legiones de hombres que son excedente sobre el mundo?

—Tiene usted razón, pero...

Rogers no supo cómo terminar la frase. El final quedó diluido en el fondo misterioso de sus preocupaciones.

—¿Quiere usted acompañarme? En realidad podría ir solo. Pero es una aventura interesante. Desde luego, si no se tratara del periódico...

—Bueno, ¿pero qué es?

—Vamos, vamos.

Dentro de la avioneta, que se encaminaba hacia el mar a gran altura, había aparatos aún desconocidos para Rogers. Eran largos tubos pulimentados, en cuyos extremos ostentaban sus ojos sin pupilas opacos lentes convexos. Un ensanchamiento central permitía concebir la posibilidad de una energía oculta.

—Son aparatos de destrucción. ¿No los conoce usted? Producen descargas formidables de rayos invisibles y energéticos, capaces de fundir el más refractario de los metales. Su uso está prohibido por todos los pactos de las Asambleas Universales, que lo han reservado para los cuerpos de policía. Su descubrimiento en otras manos sería el origen de proceso y posiblemente del aniquilamiento individual.

—Es decir, de la pena de muerte.

—Así llamaban ustedes, según entiendo, al castigo máximo. Pero como ahora se utilizan procedimientos de desintegración corporal, ha cambiado de nombre. Ahora el cuerpo

bajo la acción de determinadas fuerzas, se va diluyendo suavemente, sin dolor ni angustia. Pero tratemos de otra cosa.

Rogers lanzó una silenciosa interrogación.

—Le explicaré— continuó el periodista. —¿Recuerda usted la misteriosa destrucción del edificio donde fue hallado su... cuerpo? La policía se ha dedicado a practicar investigaciones. Los rayos luminosos de los reflectores han recorrido todos los extremos del planeta, los aviones oficiales han escudriñado el espacio sin resultado alguno. M. Ba y yo, cada uno por nuestro lado, pero con íntimas conexiones, hemos conseguido una labor intensa. Partimos del mismo punto de vista. Se trata de una serie de delincuencias, con finalidades aún no bien definidas. Continuamente ocurren atentados similares, incontables edificios, aviones trasatlánticos, obras de ingeniería son destruidos en forma inexplicable, con explosivos de un poder inverosímil. Quizás se practique un nuevo ensayo, o se experimente el descubrimiento de una nueva sustancia, o el aprovechamiento de una nueva energía. Es preciso saber todo esto, definir la situación, conocer los procedimientos. Puede ocurrir, sin embargo, que estemos errados y que sólo se trate de una serie de sucesos coincidentes.

—¿Cuál es el pensamiento de la policía?

—La policía participa de esta opinión, con reservas.

—A propósito: ¿esta policía cómo funciona?

—Las grandes ciudades industriales y comerciales contribuyen para el sostenimiento de ella. La policía de investigaciones criminales es una vasta corporación, que tiene jurisdicción en todo el planeta y que ha sido organizada por un verdadero

genio: X. Buchnaum. Este hombre ha logrado controlar en una sola oficina las actividades de algunos centenares de miles de hombres, sometidos a una dirección casi única. La policía de tráfico y la de contravenciones al régimen interno, está organizada y sostenida por las ciudades.

—¿Pero la policía no puede oponerse al designio de usted?

—Estoy protegido por ella. Mejor dicho, formo parte de ella.

—Empiezo a pensar que esta aventura es lo más interesante de mi nueva existencia. Ahora existe una seducción, el atractivo del peligro, la persecución, la caza, uno de esos placeres que esta gente desconoce— pensaba Rogers, mientras J. Gu se consagraba con extraordinaria atención al funcionamiento de su aparato.

Abajo se extendía el mar, cuyas olas fingían reverberaciones luminosas. El espacio estaba desierto. Sólo de vez en cuando, a gran altura, un avión trasatlántico se deslizaba con la tranquila potencialidad de un cohete. Pero aun estas grandes embarcaciones se hacían más raras. Pronto se encontró Rogers frente a la soledad formidable, a la serenidad magnífica del cielo, profundamente azul, sobre un mar intensamente verde. Sintió entonces una admiración casi mística: había logrado sustraerse a las preocupaciones cotidianas, a la observación permanente de un sistema social absurdo, primitivo, imposible de ser penetrado por su facultad de acomodación. Había desaparecido, para su contemplación interna de aquel momento, el hombre que lo acompañaba, que situaba todas sus energías en el control de la máquina, que parecía escudriñar el horizonte en espera de un acontecimiento inminente.

De pronto, tornó a la realidad y vio suspendida su ensoñación absurda. El aparato había sufrido una especie de choque, que precipitó a sus dos ocupantes uno contra otro. Después se puso a girar vertiginosamente y pareció una hoja seca bajo la influencia aterradora de un huracán. El cielo, sin embargo, continuaba sereno y azul. Pero al mirar hacia abajo, se asombró de la velocidad con que viajaba. El mar huía con fantástica rapidez y las coronas espumosas de las olas aparecían como tenues líneas rectas difuminadas en el verde.

Rogers contempló a su compañero y vio retratada en él su angustia. El aire era cortante y se empezaba a sufrir un calor intenso, producido por el frotamiento de la avioneta contra la atmósfera a la terrible velocidad. Las vibraciones sonoras no podían extenderse y era imposible hablar. Pero una simple mirada le permitió comprender que J. Gu había perdido el control del aparato y que este, por una fuerza desconocida, era arrebatado hacia el infinito. Entonces experimentó la sensación de su propia debilidad, de su impotencia absoluta frente a la tragedia poderosa, de su insignificancia frente al más pavoroso de los misterios.

Poco a poco, la velocidad fue disminuyendo. El aparato parecía sustraerse al cataclismo. Al propio tiempo J. Gu empezó a estabilizar la máquina y pronto logró imprimirle la dirección deseada y trató de orientarlo. De súbito prorrumpió en un grito:

—¡Mire! ¡Allí!

Señalaba un lugar en el horizonte. Una gran sombra alargada, que Rogers comparó a la silueta de los dirigibles del siglo xx, quebrantaba la monotonía del azul. Avanzó aquella hacia

la avioneta y luego comenzó a describir un gigantesco círculo, cuyo centro era el aparato insignificante donde refugiaban su pavor los dos hombres. Como las águilas caudales que persiguen una presa, el círculo se angostaba lentamente y por fin la gran sombra se detuvo a corta distancia.

—Todo se ha confirmado— exclamó J. Gu.

Rogers formuló una interrogación. Su compañero le refirió brevemente, con la ansiosa mirada detenida de aquel objeto casi inmaterial, el resultado de la pesquisa que lo había conducido a la loca aventura.

Múltiples signos y perturbaciones en la regularidad de las ondas radiantes y energéticas que diseminaban por el mundo la fuerza luminosa y la motriz, habían denunciado la aparición de un cuerpo que recorría el espacio con la velocidad espantosa de un bólido: una velocidad que lograba alterar los más sutiles gases, el mismo éter, que no había podido medirse: 50000 kilómetros por hora, quizá más aún. Pero eso no podía ser un fenómeno meteorológico. Los más notables científicos del planeta habían practicado detenidas investigaciones con cuidadosa reserva, pero no habían logrado obtener una conclusión satisfactoria. Por diversos conductos, la presencia del fenómeno llegó a conocimiento de J. Gu, que relacionó con ella la parte sensacional de sus observaciones.

Fue entonces una paciente obra de laboratorio. Utilizó un antiguo radio, abandonado desde hacía mucho tiempo en el museo particular de su periódico. Apeló a la televisión, caída en desuso desde algunos lustros antes. Los aparatos captadores de energía radiante, de sonidos dispersos, de rayos luminosos

invisibles, recorrían a su voluntad la superficie del globo como sabuesos. No se había conformado con la simple pesquisa de reflectores, con el lanzamiento de aviones blindados hacia el espacio, algunos de los cuales no habían regresado jamás.

Así pudo esbozar su teoría. El cuerpo misterioso descubierto por los investigadores científicos, estaba sujeto a la voluntad de un hombre. Era un aparato transportador, movido por una fuerza aún no bien determinada, bastante para desarrollar velocidades asombrosas, compuesto por una sustancia tampoco clasificada en los tratados de química, la cual debía ser refractaria a los rayos luminosos, a la electricidad, al calor.

Durante largo tiempo persiguió comprobaciones para su hipótesis, que se iba solidificando. Por fin, un día, decidió lanzarse al espacio, no sin haber acondicionado la avioneta para convertirla en una especie de poderoso electroimán, capaz de actuar al influjo de una gran fuerza magnética.

Ahora el éxito había correspondido a sus previsiones. Allí estaba, manchando el cielo, en su campo visual, el misterioso cuerpo cuya existencia no había sido jamás comprobada. Pudiera costarle la vida el tremendo experimento, mas frente al regocijo espiritual que lo poseía, al entusiasmo que despertaba su victoria, todo carecía de importancia. Rogers, de suyo apático e indolente desde su regreso al mundo, se sintió contagiado, al final, de las breves explicaciones, de los mismos sentimientos placenteros.

La avioneta se dirigió con lentitud, pero con audacia, hacia la gran sombra, que permanecía inmóvil.

XI.

Fue una aparición súbita de tinieblas. Después un choque levemente atenuado. En seguida se hizo la luz. Rogers y J. Gu observaron el lugar donde se hallaban. La avioneta reposaba sobre un pasillo, por donde se aproximaba un hombre de edad indefinible que procuraba descubrir, con una mirada fría, densa, a los ocupantes del vehículo aéreo.

—Por aquí— les indicó, invitándolos a descender.

Los dos amigos, poseídos de la sorpresa, no acertaban a explicarse lo ocurrido. La avioneta marchaba con precaución hacia la gran sombra y de pronto pareció haber penetrado en ella. Ahora, tornados a la luz, descubrían una arquitectura completa como si se hallasen en el interior de un edificio, cuyas paredes y cuyo pavimento parecían formados de una sustancia cristalizada, suave al tacto y de una leve transparencia.

Obedeciendo a la invitación, que consideraban forzosa, descendieron de la avioneta. El desconocido habló con frase seca y airada.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué buscan?

No acertaban a responder.

—Síganme.

El hombre echó a andar. Avanzaba con solemnidad, la cabeza en alto, sin detenerse a mirar atrás. En pos de él, los dos amigos exaltaban su asombro.

Penetraron a una vasta habitación, ampliamente iluminada. La luz parecía fluir de todas partes y parecía también hacerse palpable. Una luz azulada, indistinta, que permitía admirar la suntuosidad fantástica del aposento. Brillantes decoraciones ornaban las paredes y algunas obras de arte, interpretaciones esculturales y pictóricas, ostentaban desde diversos lugares sus ángulos y sus planos, en acuerdo con el criterio contemporáneo.

Paseaban los ojos sorprendidos en torno. Los muebles guardaban, por su riqueza, proporción con la magnificencia del aposento. Parecía, en concepto de Rogers, uno de esos vastos salones que poseían los palacios reales de la edad antigua. Constituía un raro contraste la sensación de grandeza que impregnaba este ambiente, con la sencillez aplastante que dominaba en todas las habitaciones que había recorrido en su nueva existencia. Sentía allí un súbito rejuvenecimiento espiritual. Era, acaso, algo similar lo que había creído encontrar en su regreso a la vida.

Tornó el desconocido, con acento breve y enérgico, a formular la pregunta impertinente. J. Gu habló primero:

—Soy periodista y le buscaba a usted.

—¿Me conocía, acaso?

—En parte. Lo había descubierto por inducción.

Ninguna emoción resbalaba por el semblante del interlocutor. Pero era que aquel rostro era impropio para manifestar cualquier sensación. Los rasgos, rígidos e inmóviles, parecían tallados en cartón de piedra. Los ojos, de miradas profundas, eran también inmóviles y fríos. El periodista continuó:

—Perseguía el autor de los atentados misteriosos que han conmovido al mundo.

El hombre desconocido tornó la mirada, sin responder, hacia Rogers. Este, a su vez, explicó su situación:

Fui, en mi época, un hombre de ciencia. Pertenezco al siglo xx. He logrado conservar mi vitalidad al través del tiempo. He sentido un sueño continuado durante doscientos años. En cierto modo le debo a usted mi resurrección. Fue usted quien provocó el descubrimiento de mi cuerpo, sepultado bajo un edificio destruido por una explosión de origen dudoso.

Hubo un largo silencio. El propietario de la suntuosa mansión parecía reconcentrado en sí mismo. Después, con estudiada lentitud, se dirigió a ellos, los contempló intensamente y salió luego del aposento sin perder solemnidad.

—Es un hombre extraordinario— comentó Rogers.

Durante una hora los dos amigos se entregaron a múltiples conjeturas. Las más peregrinas teorías cruzaron por su mente. Al mismo tiempo, Rogers no cesaba de admirar la suntuosidad de todo lo que le rodeaba. Cada uno de los detalles era una revelación de sentimiento estético, de riqueza, de comprensión de los ideales

que la humanidad había dejado extinguir. Se movía en un medio más en armonía con su espíritu y, dominado por estos sentimientos, le parecía que este era su mundo, que no habían transcurrido los años desaparecidos, que visitaba uno de los grandes palacios europeos, recorridos muchas veces en la adolescencia.

De pronto, el desconocido reapareció. Había una ausencia total de ruidos en sus movimientos, que eran mecánicos, fantasmales.

—Han penetrado ustedes mi secreto. Ahora serán mis compañeros. Tienen audacia, energía e inteligencia. Hubiera podido destruir su indefenso aparato.

Por primera vez sonrió. Hizo una leve inclinación:

—Les voy a hacer los honores de mi casa— agregó. —Siganme ustedes.

Fue entonces el hombre de mundo, al estilo antiguo. Su ademán encajaba, en el concepto analítico de Rogers, dentro del ambiente. Aquel hombre debería vestir un traje de ceremonia y prepararse para una espléndida fiesta.

Echaron a andar. Por todas partes la misma suntuosidad. Objetos de arte, diseminados en los pasillos, en los aposentos magníficos, daban una impresión inolvidable.

Llegaron a un cuarto reducido, cuyas paredes, transparentes como cristales, permitían contemplar el océano, que se extendía, como una alfombra prodigiosa, a gran profundidad. Frente a sus miradas se abría el espacio. Un espacio infinito, diáfano, lleno de sol y serenidad.

—En este lugar están los aparatos de dirección de mi nave. Como ustedes ven, el mecanismo es de una asombrosa simplicidad

y permite todos los movimientos, con la simple conexión de estos switches. He suprimido los enojosos timones, los complicados sistemas de ascenso y descenso y, colocándolo a una altura conveniente, puedo abandonar a su propio impulso el vehículo seguro de que ni los huracanes, ni influencia alguna podrá desviarlo un punto de la ruta rectilínea que le haya trazado.

Les mostraba todos los objetos que iba mencionando. Todo era, en efecto, de una sencillez tan completa, que en pocos minutos se hubiera podido apreciar la técnica de la conducción.

—Se puede desarrollar una velocidad continua de muchos miles de kilómetros por hora.

—¿Y la fuerza?— inquirió J. Gu.

—No requiere combustibles, ni gases, ni nada. Se mueve por su propio impulso, por la propia sustancia de que está constituido, la cual es insensible a las variaciones atmosféricas, al calor, al frío, al vacío mismo. Es la única posibilidad de emprender un viaje interplanetario.

Ampliaba sus explicaciones con elocuentes ademanes; a medida que las palabras fluían de su boca, se exaltaba, poseído de una intensa agitación, de un entusiasmo fervoroso que parecía contagiarse a sus oyentes.

—¿Pero saben ustedes cuánta energía han desaprovechado los hombres de todos los tiempos? ¿Cuál es la fuerza que sostiene a los astros dentro de sus órbitas, que actúa sobre los planetas, que alimenta la incandescencia del sol y que los presuntos sabios de otras épocas redujeron a dos impulsos opuestos, el centrífugo y el centrípeto? ¿Todo ese mecanismo asombroso del universo, no tiene un origen físico, interminable,

eterno, omnipotente? ¿De dónde surgieron, qué generó la existencia y la conformación, no sólo de las esferas, sino su movimiento de rotación perpetuo y exacto y la organización de los sistemas planetarios, que se mueven a velocidades infinitas? ¿Cuál es la energía que se desprende del radium? ¿Han logrado descubrir ustedes la constitución íntima del precioso mineral, con toda su civilización y todo su progreso?

Se expresaba con grandes actitudes oratorias, poseído de fervor y de entusiasmo. Continuó:

—Nada de eso saben ustedes. Desconocen la naturaleza de la actividad oculta que emana del radium, cuyo secreto no ha sido sorprendido por toda la ciencia del mundo. ¡Cuánta energía inútil, dócil, ilimitada, que sólo espera la intervención del hombre para ofrecerle su concurso prodigioso!

Hizo una breve pausa. Luego, con voz emocionada:

—Pero yo he descubierto eso. ¡Yo he arrancado a la fuerza cósmica su poderío y lo he puesto a mi servicio! Ahora soy un semidiós. He de dominar el mundo: el mundo ha de situarse a mis pies, como en las viejas mitologías. Me impondré por el terror. Sembraré de escombros el planeta, haré ostentaciones de mi grandeza y después dictaré mis leyes al universo: estará sujeto a mi capricho. ¡Ninguno de los conquistadores de la historia, Ciro, Alejandro, César, Napoleón, podrá situarse en el pináculo que he de escalar!

Conectó algunos circuitos y el aparato empezó a moverse con velocidad acelerada. El simple movimiento de una palanca diminuta lo hizo girar, proa al sur y en algunos minutos se hallaron sobre Barranquilla.

—Henos aquí sobre su vieja ciudad inexpresiva. Dentro de sus edificios, los hombres desarrollan complicadas actividades, profundamente inútiles, persuadidos de cimentar sobre bases firmes la dicha de la humanidad. Pero tal civilización es falsa, carece de fundamentos. Habéis matado el espíritu. Lo habéis subordinado a la materia. Sólo yo podré reivindicar los conceptos genuinos de la justicia, sometiendo a mi voluntad a todos los pueblos del orbe.

XII.

De pronto, ante el silencio de sus huéspedes, el misterioso aeronauta dejó el tono grandilocuente y habló con más naturalidad:

—Este aerostato, que propiamente es un cuerpo planetario, un asteroide artificial, está construido, amigos míos, de una sustancia magnética, síntesis perfecta de la materia pura, desligada de las múltiples limitaciones físicas. Es casi invulnerable a los rayos luminosos y estos apenas sufren una ligera opacidad al traspasarlo, lo que limita el grado de visibilidad hasta el punto de parecer apenas una leve sombra. Esta sustancia se halla impregnada, por decirlo así, de la fuerza cósmica, que tiende al movimiento infinito y lo hace apto para abandonarse a las grandes atracciones del espacio, para sustraerse a ellas y para utilizar los impulsos centrífugo y centrípeto, equilibrados en todos los sistemas planetarios. La ruptura de este

equilibrio determina el avance, el retroceso y la orientación de mi aparato, a velocidades que escapan a la imaginación. Un leve movimiento de mi mano, una conexión de esta palanca, bastan para quebrantar ese equilibrio. Si el quebrantamiento se produce en beneficio de la fuerza centrífuga, el aparato se alejará de la tierra. Si se hace a favor de la centrípeta, tornará a ella, vertiginosa o pausadamente, según el grado de desequilibrio. Un fenómeno similar ocurre con el avance que se denomina, por la limitación relativa de los sentidos humanos, horizontal. Pero en realidad, no hay movimientos horizontales, ni verticales. No hay sino dos movimientos opuestos, determinados por las dos fuerzas clasificadas por los físicos de hace trescientos años. Vosotros, hombres de 2132, utilizáis todavía aquellos principios, que denominasteis leyes y no habéis logrado, con todo vuestro presuntuoso poder, libraros de la obsesión de ellos. Sobre ellos habéis construido sistemas científicos, pero no habéis alcanzado, como yo, la serenidad máxima en la apreciación de la ciencia, que permite la utilización de tan formidables elementos.

Fingían comprender la tremenda explicación. Había algunos puntos de claridad meridiana, pero otros parecían tocados de absurdo. Sin embargo, allí estaba la obra para responder por todas las teorías.

El desconocido contemplaba la ciudad, tendida a sus pies. El río la dividía en dos fracciones, como un cinturón de plata y en sus márgenes crecían las edificaciones. Por debajo del aerostato inverosímil circulaba el intenso tráfico aéreo de la ciudad en perpetuo movimiento.

—Este hombre está loco— insinuó Rogers en voz baja.

—Un loco genial— respondió J. Gu. —En la concepción de los principios científicos que aplica a este maravilloso aparato, que constituye la máxima revolución de la física intentada jamás por los sabios y cuán orgullosos somos los hombres con la acumulación de los escasos conocimientos de que nos ufanamos, este hombre ha procedido con inspiraciones geniales. En tal sentido es uno de los seres prodigiosos que sólo se presentan de milenio en milenio. Pero en la aplicación de estas fuerzas, en el delirio de grandezas que se ha apoderado de él, sufre graves perturbaciones mentales. Así, al menos, lo comprendo yo. Si pudiéramos someterlo a un tratamiento, humanizarlo, traerlo de su aislamiento a la vida real, ¡cuántas posibilidades podrían ofrecerse a la humanidad!

Pretendía continuar desarrollando su análisis sobre la situación intelectual de este hombre extraordinario. Rogers encontraba fundamentadas estas consideraciones y lo iba a declarar, cuando el físico se aproximó. Llevaba en la mano una cápsula esférica de dos pulgadas de diámetro, que conducía con grandes precauciones. La había extraído de un pequeño depósito, donde se hallaban cuidadosamente almacenados un gran número de los pequeños artefactos.

Luego abrió una ventana y lo lanzó al espacio.

Por un instante, los ojos de los visitantes siguieron la trayectoria que trazó en el aire el objeto arrojado. Pero pronto se hizo invisible. Abajo, la ciudad parecía dormida, si no hubiera sido por el movimiento de vehículos aéreos. El sol de mediodía

calcinaba los asfaltados desiertos, que apenas se entreveían como líneas oscuras en medio de la selva de edificaciones.

Contemplaban todos la urbe desde su elevado mirador. De pronto, del fondo de los edificios emergió una humareda blanca y, cuando las ondas sonoras se hubieron elevado hasta el aerostato, resonó el ruido de una explosión, como un trueno.

El desconocido reía. Reía con risa diabólica, satisfecho de su obra. Se frotaban las manos y los dientes parecían alargarse en ademán feroz. Luego se aproximó pausadamente al lugar de donde había sacado la bomba diminuta.

—Con esto se podría destruir toda la humana actividad del planeta— comentó alegremente. —¡La vida de la humanidad está en mis manos!

—¿Pero qué explosivos son esos?— inquirió Rogers con ansiedad.

—La fuerza cósmica es en mis manos maleable como el barro bajo los dedos del escultor. La he encerrado en la combinación de metales y metaloides a base de radium, del que está construido mi aerostato. La he encerrado también en estas pequeñas esferas, que parecen inofensivas pelotas para los deportes que practicaban los hombres hace doscientos años. Así, he construido las más poderosas bombas explosivas que podrían inventarse jamás. Una bomba de estas, al estallar, desarrolla una presión de cien toneladas por centímetro cuadrado de superficie.

—¿Pero qué se propone usted monstruo— exclamó J. Gu— con esas destrucciones absurdas? ¿Cuál es el fruto que ha obtenido, por ejemplo, de la bomba que acaba de lanzar y que debe haber producido pánico en Barranquilla? ¿Cuál de los

continuos atentados en todas las ciudades, sobre los aviones trasatlánticos, colmados de pasajeros inocentes?

—Sembrar la planta benéfica del terror. Que la humanidad comprenda la existencia de una fuerza omnipotente, superior a todas sus posibilidades de defensa, sujeta a la voluntad de un solo individuo, que hará su aparición oportuna, como un *deus ex machina* de la antigua comedia, ¡para tomar posesión de un mundo tembloroso y dócil! Ese individuo soy yo: yo, que impondré mis leyes, ¡pondré el mundo a mi servicio y haré que me adoren como a un dios y me erijan templos! La humanidad desfallece por la ausencia de un culto.

Una franca sensación de angustia penetraba al corazón de los dos hombres que escuchaban las frases terribles. Porque aquel ser extraño, si estaba loco, disfrutaba, en efecto, del más formidable poder que haya logrado en su vida hombre alguno. Era un solitario de los espacios y, en realidad, su gesto, sus ademanes y sobre todo su fuerza infinita, le concedían ciertos aspectos sobrehumanos, le rodeaban de una aureola de divinidad.

Las palabras huían de las gargantas opresas. El pensamiento penetraba en un caos, donde danzaban centenares de ideas imprecisas y trágicas. ¿Qué eran ellos, en poder de aquel monstruo todopoderoso e invencible? ¿Cómo iban a sustraerse a su voluntad, huir del aerostato invulnerable, tornar a la tierra para denunciar el peligro inminente que estaba cerniéndose sobre la humanidad entera?

Por fin lograron encontrarse a solas. El gran desequilibrio había salido de la cabina de dirección. Pero tenían la certidumbre de que eran espiados. Ecos ocultos recogerían sus frases,

espejos invisibles copiarían sus gestos, todo cuanto hicieran estaría controlado por aquel hombre extraordinario. Sin embargo, el mismo pensamiento los conectaba: huir, huir de alguna manera, a riesgo de sus propias vidas. Fundado sobre esta preocupación, Rogers aventuró una pregunta, en voz tenue:

—¿Pero cómo logró usted aproximarse al aparato infernal que ahora nos aprisiona?

—No puedo asegurarlo. Pero presintiendo la existencia de una gran fuerza de origen desconocido, logré convertir la avioneta, por medio de un complicado sistema y en acuerdo con los técnicos de la policía universal, en una especie de electroimán, sensible a las atracciones magnéticas. Al encontrarnos bajo el radio de acción de este dirigible, nuestra avioneta fue arrastrada a la fantástica velocidad a que marcha el aparato. Usted recordará que hubo algunos momentos en que perdí por completo el control mientras la velocidad a que avanzábamos, llevados como por un huracán, producía un calor intenso, a consecuencia de la fricción contra la atmósfera.

—Es verdad. Lo comprendo.

—Alguna perturbación debió sufrir, bajo la influencia de nuestra avioneta, este vehículo prodigiosamente sensible, perturbación que no escapó a la observación del hombre que lo habita. Entonces fue cuando descubrió nuestra presencia y actuando con relativa suavidad nos atrajo a sí, como las serpientes a sus víctimas indefensas, nos hizo penetrar por alguna puerta desconocida e invisible y pensó en aprovechar nuestra presencia para el desarrollo de sus terribles proyectos de dominación.

—Así debió ocurrir todo. No hay otra explicación.

Después J. Gu., aproximando los labios al oído de Rogers, murmuró:

—Debemos huir. Intentemos llegar a nuestra avioneta.

—¿Pero tiene usted la probabilidad de que podamos escapar a la influencia magnética de este maldito artefacto?

—Sí. Obedézcame usted. Imité mis ademanes y siga mis pasos.

Con decisión abandonó la cabina. Se lanzó por los pasillos iluminados con la luz espesa que parecía fluir del ambiente, como si las vibraciones que la produjeran no tuvieran origen exterior, sino que existiesen por sí mismas.

Rogers lo seguía. Cruzaron el suntuoso salón donde habían celebrado su primera entrevista, el cual ahora no despertó el mismo entusiasmo en el resucitado y recorrieron el camino que los había conducido hasta allí. Al final de una pequeña escalera descansaba el diminuto avión que los había llevado en la tremenda aventura.

—Por aquí debe existir una puerta de comunicación al exterior— murmuró J. Gu.

Pero sus investigaciones no lo comprobaron. No existía ningún indicio de puerta. La pared, de una opacidad cristalina, como la del vidrio despolido, presentaba un aspecto liso, uniforme, perfecto.

—Sin embargo, por alguna parte penetramos a este sitio— insistía el periodista.

Hallábanse junto a la avioneta y, de pronto, se sintieron inmovilizados, como si hubieran sufrido una súbita parálisis.

Sus esfuerzos musculares para mover los pies o los brazos eran inútiles. Sufrían la sensación de hallarse dentro de un saco, que oprimía sus miembros, que dificultaba su respiración, que los estrangulaba hasta la asfixia. Sus cuerpos se habían convertido en grandes esculturas de mármol, en cuyo interior el espíritu conservaba toda su elasticidad. La impotencia en que se encontraban era de tal modo sensible, que les producía una angustia, transformable hacia el terror. No era, simplemente, el miedo a la muerte, a la desintegración corporal, como se decía entonces. Era algo más pavoroso, más trágico que la misma destrucción individual. La supremacía de un espíritu que los poseía demoniacamente, que los había de poseer por la eternidad.

Oyeron vagamente, pero con precisión de sílabas, la voz del monstruo:

—Todo es inútil. No intenten escapar, porque serán fulminados.

Luego, una risotada, la misma risa diabólica que había subrayado la explosión algunos minutos antes:

—Ahora pesa cada uno de ustedes cinco toneladas. ¿A dónde pueden ir con cinco toneladas de peso y con esos pobres músculos para moverlas? Es decir, el suelo donde se apoyan ejerce sobre ustedes una atracción idéntica a la fuerza de gravedad y equivalente a cinco toneladas para cada cuerpo. ¡Esto lo he logrado con la simple presión de otro switch!

El gran desequilibrado se aproximó a los dos hombres inmóviles:

—Desde luego no temo que se escapen— dijo. —Además, me sería fácil suprimirlos. Ahora, por ejemplo, apelando

al más primitivo de los procedimientos, podría partirlles el corazón. ¡Pero me encuentro tan solo aquí! A veces me fatiga mi propia soledad. Esta fatiga debe constituir el supremo castigo para las divinidades.

Cambió de tono, empleando mayor energía:

—¡Pero no supongan ustedes que su compañía va a serme preciosa!

Tornando al acento confidencial:

—¡Ah! ¿Pero ustedes han imaginado que esto lo inventé yo solo, lo construí sin auxilio alguno, sin que alguien sorprendiese una parte del secreto, sin que numerosas inteligencias cooperasen a su buen éxito con una idea, con una iniciativa, capaz de transformar las aplicaciones del gran principio esencial?

Se echó a reír.

—No, amigos míos. Hubo muchos colaboradores. Sería interminable la lista de sus nombres. Pero todos han desaparecido. Era una lucha a muerte para establecer la supremacía del más fuerte. Una lucha que nos conectaba, nos mantenía unidos, nos vinculaba para la mutua destrucción. ¡Yo he sido el más fuerte!

Terminó:

—Bueno. Están ustedes libres. Es decir, libres para moverse dentro del aerostato. Hablaremos muy a menudo y cambiaremos ideas y, posiblemente, cuando me estorbe su presencia, los destruya.

XIII.

Echó a andar hacia el fondo del pasillo y al propio tiempo J. Gu y Rogers recuperaban su dominio muscular. La terrible atracción que el suelo del aerostato ejercía sobre ellos y los paralizaba quedó suspendida por la simple voluntad del hombre terrible, en cuyo poder se hallaban irremisiblemente.

Rogers, más impetuoso, menos dueño de sus facultades, saltó en pos del gran iluso, que al sentir sus pasos, volvió a mirar con majestuosa lentitud.

—¿De manera que usted va a retenernos aquí contra nuestra voluntad?— exclamó.

—¿Pero qué es la voluntad? ¿Cuál es la manera como ustedes pueden expresar su voluntad? En cambio, yo ejerzo un dominio y una supremacía invulnerables.

Comprendió en seguida que nada lograría de aquel hombre y, con la cabeza inclinada, se aproximó al periodista.

—Todo está bien— expresó este. —Podremos salvarnos.

Rogers se asombró de la fortaleza de aquel hombre. Lograba conservar intacto el optimismo en circunstancias tan trágicas. Interrogó:

—¿Todo está bien?

—Sí. La avioneta funcionará en cualquier momento. Además, conservo los dos tubos de rayos disgregadores de que venía provisto.

—¿Cuáles?

—Son nuestras armas de combate. Durante el viaje usted pudo verlos.

—Ya recuerdo.

—Oculte usted uno entre sus ropas— insinuó el periodista. —Yo llevaré el otro. No podemos hacer otra cosa.

Se aproximó al diminuto aparato que los había conducido a la aventura y extrajo los poderosos tubos de que hablaba.

—En cuanto pueda, dirija hacia él con cuidado este extremo y oprima esta conexión.

Rogers aceptó el tubo, lo contempló un instante y luego lo ocultó, como se le ordenaba. Medía unas veinte pulgadas de longitud, era de una especie de cristal brillante y llevaba en uno de los extremos la pequeña máquina, combinación de energías que al unirse originaban aquellos rayos invisibles, misteriosos para el redivivo, que fundían los metales a distancia y disolvían las moléculas de los cuerpos orgánicos. Eran otros rayos opacos semejantes a aquellos que había

descubierto, a fines del siglo XIX, el alemán Rontgen, pero de gran poder disolvente.

Abandonaron el lugar donde se hallaban.

—Puede que destruyan la avioneta. No importa. Cuando "todo" esté hecho, dispondremos de este aparato— murmuró J. Gu al oído de su acompañante.

Rogers valorizó en todo su significado el proyecto que había concebido J. Gu y del cual se había hecho cómplice. Iban a asesinar a aquel hombre, buscando una oportunidad, "a mansalva y sobre seguro", como se decía en términos penales en su tiempo. No, él no haría eso. Mantenía un concepto sutil sobre el valor de la vida humana y ni siquiera para recuperar su libertad atentaría contra una existencia ajena. Por otra parte, ¿para qué esa libertad? ¿Poseía, acaso, algún vínculo que lo ligase a la tierra, a la ciudad esa, gris e incomprensiva, que se extendía a sus pies? ¿Tenía amigos, mujer, familia? ¿Había sobrevivido, siquiera, uno de los antiguos fundamentos de las relaciones sociales, en la intensa significación que él había aprendido a concederle al amor, a la amistad, a las expresiones nobles del instinto de sociabilidad? ¿Estaba, como J. Gu, impregnado del egoísmo feroz que era la característica de este siglo absurdo, en el cual su presencia era superflua y anacrónica?

No, él no atentaría contra la vida de aquel hombre. ¿Valía, acaso, menos que cualquiera de las de allá abajo, que la del mismo J. Gu? Además, él no se sentía incómodo a bordo. Le era igual hallarse allí que en la tierra.

Tornaron al gran salón que había asombrado a Rogers. Ahora comprendía la posibilidad de vivir, hasta su segunda

muerte, dentro de aquella suntuosidad que le traía evocaciones artísticas de su juventud. Pero tenía también la certidumbre de que J. Gu lograría su propósito, asesinaría al propietario del aparato, lo robaría quizás y descendería a Barranquilla como un antiguo conquistador, a bordo de la nave adquirida por la traición y por el crimen. En estas apreciaciones la humanidad conservaba sus conceptos inmutables.

Pero recordaba que aquel hombre disfrutaba de un terrible poder de destrucción, que había sacrificado, a su vez, múltiples vidas inocentes, que seguramente terminaría por destruir las de sus huéspedes obligados de ahora. Pensó entonces en el derecho de defensa, en el instinto de conservación, en todas esas supercherías con que los hombres de todas las épocas han defendido sus represalias y sus rencores. Por otra parte, ¿era, acaso, una tentativa de restablecer el equilibrio de la justicia ultrajada lo que ponía el tubo destructor en sus manos? ¿Tenía el derecho a clasificar la actuación de aquel hombre genial, que tergiversaba en su provecho la profundidad de su ciencia, que había penetrado, a fuerza de sabiduría, en los campos clínicos de la paranoia?

J. Gu avanzó hacia la cabina de dirección. Rogers lo siguió silenciosamente. Desde la pequeña puerta que conducía al aposento donde se encerraban los aparatos reguladores del aerostato, podía verse la figura fuerte y enérgica del inventor, que contemplaba en silencio la ciudad extendida algunos centenares de metros más abajo. Parecía entregado a una meditación trascendental y no se movió cuando sus huéspedes se detuvieron a contemplarlo.

Con grandes precauciones, J. Gu introdujo la mano bajo sus vestiduras y sacó el terrible instrumento de destrucción que había ocultado. Dirigió la lente opaca, de un cristal cubierto con una sustancia química, que obturaba uno de los extremos del tubo, hacia la amplia espalda inmóvil, confiada, que se recortaba con nitidez contra el cristal como una gran silueta.

Rogers tuvo un impulso supremo. En el fondo del subconsciente consideró aquello como un crimen abominable. Lanzó un grito:

—¡Cuidado!

Pero ya era tarde. Ante la energía de los rayos destructores, absolutamente invisibles, el cuerpo se agitó como si hubiera recibido un golpe sobre el cráneo, después se retorció como un sarmiento bajo la acción del fuego, se doblegó sobre sí mismo y comenzó a consumirse, despidiendo una suave humareda blanca, impregnada del olor característico a carne quemada. De aquel organismo poderoso, de aquel genio sin precedentes, solo quedaba, al cabo de tres minutos, un residuo informe y miserable.

El sentimiento de protesta que había puesto la palabra de aviso en la boca de Rogers se acentuó. Lanzándose sobre J. Gu le gritó:

—¡Asesino! ¡Criminal!

J. Gu no intentó, al principio, defenderse del asalto, aunque las dos manos delirantes se aferraban desesperadamente a su cuello.

—En realidad— murmuró —quizás haya procedido mal. Sin embargo, no podía hacer otra cosa.

Pero después se desprendió con violento impulso de Rogers, que permaneció inmóvil contemplando el pavimento, absorto en su preocupación esencial. J. Gu parecía empezar a sentirse poseído del mismo espíritu de incertidumbre.

Al cabo, el periodista habló:

—Puede que haya hecho mal, Rogers. Pero era necesario. Además, piense usted en la serie de crímenes que había realizado este hombre.

—Por él he revivido— exclamó Rogers.

—Es verdad. Pero su retorno a la vida costó otras vidas. No pensemos más en ello, Rogers. ¡Necesitamos salvarnos!

—¡Salvarnos!... ¿De qué?

—¿De qué? De esto, de la complicidad de los crímenes, del influjo terrible de un loco, de todo. Somos de la tierra, tenemos que volver a la tierra.

—Todo a base de nuevos crímenes...

Después, Rogers se encerró dentro de un silencio invencible.

J. Gu se encaminó hacia la avioneta, que reposaba aún en el lugar donde se había detenido a su llegada. Conducía en su interior el aparato radiante que conectaba con los talleres de *El Sol*, con el cual había accionado cuando se descubrió el cuerpo de Rogers. El periodista intentaba lanzar en seguida la edición sensacional con todo lo relativo a la captura del genio destructor que había sembrado la inquietud y el desconcierto en el planeta.

Pero los esfuerzos de J. Gu para el funcionamiento de las máquinas impresoras resultaron infructuosos. Las paredes del aerostato donde se hallaban prisioneros los dos hombres eran impermeables a las ondas radiantes. Tan grave

descubrimiento anulaba la posibilidad de recibir auxilios eternos, en el caso de que no logran descubrir la salida que les permitiera tornar a la tierra.

Volvió el periodista a la cabina de dirección, silencioso y hosco. Observó con cuidado el mecanismo de gobierno, contempló la serie de conexiones que determinaban los movimientos de avance o retroceso, de ascenso o de descendimiento, los diagonales, la orientación, todo. Procuraba aprovechar las breves explicaciones del sabio, cuyos residuos informes parecían alterar la quietud del pequeño aposento. Efectuó algunos contactos, cerró switches, realizó múltiples tentativas. Pero el aparato permanecía inmóvil, a gran altura sobre la ciudad. Estaban fuera de la zona señalada para los aviones de toda especie y no existía posibilidad alguna de que fueran descubiertos. Ninguna influencia, ni tempestad ni huracán, ni siquiera un choque podría determinar una variante en su posición actual, vinculado por la fuerza cósmica como se hallaba el aparato a la tierra, que lo arrastraba exactamente en su movimiento de rotación, sin que nada pudiese desviarlo un punto ni alargar o acortar la distancia que lo separaba del suelo.

—Empiezo a sospechar que estamos perdiendo— insinuó J. Gu con cierto temblor de angustia en la voz.

Rogers no contestó. Era como si sus facultades intelectuales hubieran sufrido una parálisis súbita, como si el pensamiento y el interés por todas las cosas se hubieran detenido con el invisible destello de los rayos destructores que acababan de aniquilar al genio.

De pronto, el aparato se movió. Para un aviador experto, como él, era indudable que se había iniciado una ascensión.

—¡Sube!— gritó J. Gu y se puso a conectar desesperadamente todas las palancas, todos los switches, todos los objetos que había en aquel estrecho sitio. Pero ninguno lograba contener el movimiento ascensional, que parecía acelerarse.

—Vamos hacia el infinito— clamó con desesperación.

Rogers no respondió. Le era indiferente todo aquello y no apreciaba el final de la aventura con el mismo sentimiento de ansiedad que se pintaba en el alterado semblante de su compañero.

J. Gu continuaba realizando esfuerzos supremos por detener el aparato, por obligarlo a descender, por por hacerlo seguir, a lo menos, una marcha horizontal. Pero todo resultaba inútil.

La ciudad se perdía entre la bruma de la lejanía. Los grandes aviones de mercaderías, que podían elevarse hasta cuatro mil metros sobre el mar, eran apenas leves puntos, casi invisibles sobre el fondo gris del suelo. El mar parecía unirse a la tierra y la línea divisoria de la playa se esfumaba en la distancia. Sólo el Magdalena, como un leve cordoncillo azul, continuaba ciñendo la ciudad, como si aplastara con su peso las protuberancias de los edificios que se levantaban a sus orillas.

Pero pronto una vasta capa de cirrus y de cúmulos obstruyó por completo la visión. Los dos aventureros se hallaban, entonces, desconectados de la humanidad.

XIV.

Mas si para Rogers todo parecía indiferente, J. Gu no se resignaba a perderse para siempre en el espacio. Todavía, después de la observación siniestra, febril e inquieto, intentó descubrir el secreto de aquellos aparatos. No menos de quince kilómetros lo separaban del suelo, de la ciudad, del periódico al cual no podía solicitar auxilio. Continuaba subiendo, alejándose más aún, clausurando toda esperanza de retorno.

Sufrió entonces una sensación de remordimiento ante lo absurdo de su delito. El hombre genial cuyos restos permanecían impasibles a su lado, había preparado una venganza suprema y arrastraba consigo hacia el infinito a sus victimarios, presos para siempre por su invención formidable. Con aquellos dos habitantes, el aparato debía vagar como un asteroide, aproximándose, quizás, al sol, a donde debía llegar después de

algunos siglos de un viaje fantástico. O quizás fuesen hacia la luna, chocasen con uno cualquiera de los cuerpos planetarios perdidos, como este, en el infinito, se libertasen de su prisión asombrosa en un mundo desconocido...

J. Gu dejó caer los brazos con desaliento. Parecía determinado a abandonarse a su suerte. No fluía una sola palabra de sus labios apretados, ni una queja, ni una lamentación. No observaba siquiera la actitud de Rogers, que se mantenía inmóvil y silencioso, sin revelar inquietudes en el semblante idiotizado, como si nada de esto se relacionase con él.

Por un momento pensó en utilizar los explosivos que se almacenaban en aquel lugar. El aerostato estallaría como una bomba de poder infinito y sus fragmentos, mezclados con los fragmentos de sus cadáveres, continuarían también vagando por el espacio, no sujetos ya, quizás, a la fuerza de gravedad.

Después se precipitó de nuevo hacia el sitio donde su avioneta, testimonio de voluntad y de vida, yacía inmovilizada e inerte, como otro cadáver. Había concebido una idea absurda, que se perfiló como una esperanza suprema en la trágica confusión de su espíritu.

—Si yo lanzara— se decía —a mi avioneta, con la máxima fuerza de que dispone, contra las paredes de esta espantosa prisión, puedo perecer en el choque. ¡Pero puedo sobrevivir, tornar a la tierra, volver a Barranquilla!

Llamó a Rogers con imperio. El redivivo, que parecía reaccionar levemente de la gran depresión espiritual que lo había poseído, acudió a su lado.

—Intentaremos el último esfuerzo— dijo rápidamente. —Es inútil continuar tratando de accionar los aparatos de dirección. ¡Todo lo hemos intentado!

Lo hizo subir a la avioneta.

—Posiblemente, vamos a morir— dijo. —Pero es preferible a la vida de angustia que nos espera.

Rogers no contestó. Tomó asiento a su lado, cerró las portezuelas de la avioneta, construida de duraluminio, con una firme nariz de acero pulimentado y esperó.

J. Gu maniobró con cuidado. Asumió la dirección, efectuó los movimientos necesarios y, de pronto, la avioneta, desprendiéndose del suelo, se precipitó con ímpetu irresistible contra la pared de la gran cárcel.

Pero no se produjo choque alguno. Fue una leve conmoción, una oscuridad absoluta que no se prolongó más de un segundo y la avioneta flotó en el espacio.

Se inició una caída vertiginosa. La gran sombra del dirigible, alargada y apenas visible sobre el azul impecable del cielo, se alejaba con rapidez inaudita y pronto se perdió.

Al nivel de los cirros y de los estratos que habían ocultado la ciudad, J. Gu logró establecer el control de la avioneta. La insuficiencia del aire, enrarecido por completo en la gran altura donde se había desprendido del aerostato gigante, había impedido la estabilidad y el equilibrio y la primera expresión de libertad fue una caída vertiginosa. Pero a medida que iba encontrando un aire más compacto, el equilibrio se restablecía y el descenso se hacía normal. Entonces respirando ruidosamente, J. Gu se sintió poseído de una alegría insólita. Tan

expresiva era esta alegría, que Rogers se sintió contagiado de ella. Despertándose en el fondo de su espíritu su capacidad investigadora, formuló una pregunta, que fue su primera frase desde la muerte del genio:

—¿Por qué no se produjo choque al ímpetu de la avioneta?

—No sé— respondió J. Gu, cuya voz vibraba de emoción.

—Pero estamos libres, volveremos a la tierra, hemos librado a la humanidad de un peligro terrible, tornamos victoriosos de nuestra empresa.

Rogers estaba más preocupado por la cuestión científica, que por estos sentimientos de aspecto pueril.

—Quizás— insinuó —la sustancia maravillosa de que está construido el aparato aquel sea un compuesto bituminoso, fácilmente penetrable...

J. Gu pareció interesarse, por fin. Respondió:

—¿Pero entonces podría perforarse con un proyectil lanzado desde la tierra?

—Desde luego. Fue así como entramos y así como hemos salido. Hemos logrado cruzar el espesor de la pared sufriendo una leve resistencia, tal como si hubiéramos caído en un pozo de brea. Seguramente, como a la entrada, a la salida no ha debido quedar huella alguna de nuestro paso.

—Pero entonces aquello era un objeto débil, susceptible de ser destruido por un viejo cañón de pólvora.

—Creo que en un momento dado, la misma sustancia podía hacerse impermeable y capaz de resistir el impulso de cualquier proyectil. Quizás uno de los aparatos que usted creyó de dirección determinaba el grado de resistencia y compactibilidad de

la sustancia misteriosa. Quizás, si usted no hubiera procurado orientarse por medio de las conexiones que estaban allí situadas, nos hubiéramos despedazado, al chocar contra una materia más dura que el cristal de roca, que el más templado acero.

—Es posible. Mejor dicho, es la única teoría aceptable. Porque no puede olvidarse la impermeabilidad de esa sustancia a las ondas radiantes.

Rogers quedó un momento silencioso. La ciudad, en tanto, se aproximaba con rapidez, como si un elevador inconmensurable la subiese al encuentro de la avioneta. Se veían ya con nitidez las calles, las plazas, la ancha sinuosidad del río.

—No hemos debido matarlo, J. Gu— insinuó Rogers. —Sufro el más angustioso remordimiento. No hemos debido matarlo.

—No podíamos resignarnos a la vida que nos prometía. Además, piense usted que estábamos bajo el capricho de un loco omnipotente, que a cualquier momento podía desmenuzarnos. Finalmente, recuerde la serie de delincuencias que ese hombre ha realizado. Ha hecho, quizás, más de diez millares de víctimas.

—Pero hubiéramos podido capturarlo. Además, hubiera sido la más preciosa contribución a la ciencia el estudio de la sustancia, de la fuerza, del misterio de aquel aparato, que está perdido para siempre.

—Es verdad. El hombre genial se llevó consigo, para el infinito, su secreto.

—Es una tumba digna de él, J. Gu— insistió Rogers. —Pero no hemos debido matarlo.

—En realidad, bajo ciertos aspectos, hubiéramos debido evitarlo. Pero necesitábamos de la libertad, Rogers. Además, era un acto de legítima defensa. Verá usted, cuando explique al mundo la hazaña, cuando dentro de una o dos horas circule por todo el universo la relación de nuestra estupenda aventura, cómo de todas partes nos aplaudirán.

—¡Ah!— se lamentó Rogers. —¿Pero es todavía, como en mi tiempo, la colectiva aprobación del egoísmo, de la barbarie, de la insuperable vanidad humana, lo que determina el acto? ¿No hay nada que tenga moralidad intrínseca?

La respuesta quedó en suspenso. La avioneta se había detenido con suavidad sobre la terraza de *El Sol*.

Otra vez estaba el periodista en contacto con la tierra, que creyó durante algunos minutos perdida para siempre. Entonces, una sensación de bienestar, de reposo, de alegría penetraba hasta lo más íntimo de su ser, se lanzaba a lo largo de los nervios, fluía por los poros, se reflejaba en la mirada.

Conceptuó, mientras salía del aparato, respiraba a pleno pulmón y contemplaba a la ciudad como una vasta propiedad recuperada, que una sensación similar debió experimentar Rogers al hallarse, de pronto, en la clínica del doctor Var. Pero este continuaba bajo el peso de su preocupación, parecía fastidiado, no manifestaba la alegría insólita que agitaba el corazón de J. Gu.

—¿Quiere usted quedarse conmigo?— le interrogó.
—Puede esperarme en mi habitación. Yo voy a trabajar. He de preparar la edición de *El Sol* que hará conocer nuestra singular aventura.

Se aproximó:

—Además— añadió en voz baja —podrá usted comer. ¿No lo desea?

Poco después, el periódico revelaba el más sensacional acontecimiento de la época y despertaba la sonrisa de los escépticos que tenían la certidumbre de ser engañados por los periodistas, lo mismo que en el siglo xx.

Más tarde se formularon algunas preguntas, se exigió la ampliación de ciertos detalles, intervinieron algunas academias de ciencias como las de París y Nueva York y, pronto, con esa inestabilidad de la opinión popular de todas las épocas, con esa ausencia de interés que era una de las características de la actual, con esa indiferencia colectiva hacia todo, la aventura fue olvidada, como había sido olvidado por todos, hasta por el mismo J. Gu, el renacimiento de Rogers a la existencia.

XV.

Ahora Juan Fernando Rogers, sepultado en una extraordinaria suspensión de las facultades vitales entre los cimientos de un edificio de Barranquilla en el año 1938 y descubierto, para tornar a la vida, en el año de 2132, sufría la sensación de su propia inutilidad.

Era, más que el fracaso de su formidable tentativa, el de la civilización. Volvía a decirse, como otra vez que paseaba a solas en uno de los salones de la clínica del doctor Var, que todas sus perspectivas habían sido defraudadas y que el proceso de la civilización no obedecía, como lo había pretendido asegurar en su tiempo, a leyes inmutables que permitían señalar con exactitud la trayectoria de la humanidad.

Andaba lentamente, sin rumbo determinado, por uno de los decorados paseos que se habían hecho a la orilla del río,

sobre los tajamares de dos siglos, convertidos en sólidos muelles de concreto, para el arribo de las viejas embarcaciones de vapor, ahora abandonadas. Contemplaba el silencioso avance de las aguas hasta confundirse con el mar. Entre tanto, su pensamiento, como la misma corriente poderosa, se extendía por cauces insondables.

Pasaban a su lado largas figuras enfundadas en albas vestiduras, que se agitaban sobre los cuerpos como pendones, brillantes bajo el sol enrojecido de la tarde. Eran, en su mayoría, mujeres que tornaban del baño al aire libre, o que se encaminaban a la práctica del remo y de otros deportes acuáticos. Pero ya no ostentaban la vieja elegancia, ya se habían masculinizado lamentablemente y ahora las curvas floridas de otros tiempos se habían endurecido hacia el ángulo, los músculos eran compactos y se marcaban con precisión y el pecho, liso, apenas permitía apreciar vestigios del más seductor distintivo de las hembras: repugnantes vestigios sin gracia ni armonía.

Rogers había recuperado la integridad de su espíritu siglo xx. En él florecía el sentimiento del amor con la ruda impetuosidad de la raza cuyos caracteres se habían perdido en menos de dos siglos. No, ahora no podía practicarse ni aquella trivialidad gozosa del flirt y las mujeres hablaban a los hombres de una filosofía absurda, de ciencias, de viajes, pero no de amor.

El mundo se había deformado estúpidamente. La transformación de la capacidad sentimental del hombre se había encaminado hacia la anulación total. Se había fundado una nueva moral, en la que el delito máximo era comer en público y dentro de la cual se había eliminado todo lo que embellecía la vida con

la satisfacción de los sentidos. El arte había sufrido la influencia de esta mutación decadente, la poesía había desaparecido, la música estaba impregnada de la misma concepción rectilínea y vertical de la vida, la pintura se había materializado hasta la imposibilidad de traducir con los pinceles cualquier situación psicológica. El hombre había matado, en fin, el alma en cuanto tenía de noble y de decorativo. La arquitectura y la estatuaria sufrían la influencia de la misma moral y no lograban interpretar ninguna expresión de dignidad humana.

Esta sensación de fatiga, de absoluta desadaptación a un medio hostil e incomprensivo se había acentuado desde la peregrina aventura del gran aerostato desaparecido en el espacio con los residuos de un cadáver, como el más suntuoso sepulcro concebido jamás por humana imaginación. Había participado en aquella muerte, se había hecho, en su nueva existencia, criminal. Mas no era la simple valorización de una existencia, sino la conexión de otros sentimientos: piedad, gratitud, admiración, quizás una más completa compenetración entre su propio temperamento y el de aquel desconocido. El pesar por este acontecimiento, lo sumergía en la inquietud, en la angustia.

Contemplaba el mundo, tendía la vista en torno y solo veía la entronización del absurdo. Cada momento descubría nuevas interpretaciones erradas de la vida, nuevas manifestaciones contradictorias de la civilización. Este fracaso de sus esperanzas, de su concepto sobre el desarrollo progresivo de la humanidad, todo, le producía un sufrimiento casi físico.

Pero acaso nada fuese tan intenso como el sentimiento de soledad. Estaba solo en el mundo. Los vínculos que lo ligaban

a la tierra, familia, amistad, amor, no existían. Una vez creyó en la posibilidad de que en el espíritu de J. Gu se albergase algo semejante a la amistad. Parecía haber despertado en él algún cariño, alguna estimación. Porque era, acaso, el único que lo había determinado. Ni M. Ba, ni el doctor Var, ni ningún otro de los individuos con quienes había tenido contacto en su nueva existencia habían procurado aproximarse a él. No era, siquiera, una franca hostilidad. Era una total indiferencia, que lastimaba su alma efusiva e impregnada de la vieja ternura del siglo xx.

Había intentado también contraer algunas relaciones femeninas. Una vaga posibilidad de despertar el amor, un amor adaptado a su concepción del sentimiento, creado a base de provocar una situación similar en un espíritu de mujer. Pero solo había encontrado en ellas el vacío, el mismo vacío para todo lo espiritual que había analizado ya, con desconsoladores resultados, en los hombres.

No, él no podía encontrar nada en el mundo. Ahora no valía la pena de entregarse otra vez a las investigaciones científicas, porque también la ciencia descansaba sobre fundamentos equívocos, sobre apreciaciones profundamente materialistas y despojadas, por consiguiente, de toda seducción generosa.

Se estudiaba a sí mismo como un caso clínico.

—¿Acaso esta melancolía— se preguntaba —sea simplemente, un desequilibrio fisiológico? Mis órganos tuvieron suspendida la vitalidad durante doscientos años y ahora ejercen una actividad forzada, artificial e incompleta.

Se había dicho esto en el aposento que habitaba en la casa del doctor Var, a su regreso de la peligrosa excursión con J. Gu

y luego se había analizado el funcionamiento de los diversos órganos: el corazón latía con regularidad, aún cuando en veces lo descubriera un poco atenuado. Los riñones destilaban normalmente. La digestión era buena y la respiración se efectuaba profunda y claramente. No sufría dolores ni ansiedades físicas, la temperatura se mantenía en el límite preciso, todo iba bien, podría vivir otros veinte años, por lo menos.

En realidad, el mal radicaba en el alma. Pero tampoco era en el alma sino en la vida exterior: en todo, en el progreso, en la mecánica, en los conceptos de justicia, de familia, de sociedad, en todo. Tan absurdas apreciaciones llegaban a su espíritu, conformado con otros materiales, educado en otra forma, detenido en pleno siglo xx y vuelto a la vida en pleno siglo xxii, chocaban con él y del choque no resultaba intacta la personalidad. Era una mutua incompreensión entre el progreso y él, entre la humanidad nueva y su propia humanidad.

—Supuse encontrar sufrimientos físicos en mi nueva existencia— se decía la tarde aquella en que paseaba sobre los antiguos muelles fluviales. —Pero no sospeché la posibilidad de esta serie de torturas morales. Para haber logrado buen resultado en todos los órdenes, hubiera sido conveniente la lenta evolución espiritual durante el prolongado sueño. ¡Que no se despertara el espíritu con dos siglos de retraso! ¡Que no tuviera que encontrar grotesco todo, sin poder asegurar que lo grotesco no fue lo que vivió, lo que aprendió, lo que interpretó en su primera existencia!

Avanzaba, poseído de meditaciones. La gran corriente fluvial transitaba a su lado con un ímpetu relativo. Por el centro

del río descendían, hacia el mar, lo mismo que doscientos años antes, troncos de plátanos, balsos, árboles, basuras.

—Sólo el río permanece igual— meditó. —Los hombres procuraron también deformarlo, adecuarlo a su estúpida concepción de todas las cosas. Pero el intento fue superficial, no llegó al fondo. Se decoraron las orillas, se construyeron graciosos límites a la corriente, se utilizaron las aguas para la intensificación del comercio. Pero el agua, el espíritu del río, su categoría, sus características especiales, están ahí, incólumes, invioladas. El agua móvil ha resistido el empuje destructor de la civilización.

La cabeza inclinada, avanzaba aún. Todavía marchaba sobre el antiguo tajamar, que con el avance de la ciudad al encuentro del océano, se había convertido en muelle para la corriente alegre del río. El mar se había retirado, entregando una vasta extensión de terreno a los hombres, que la usurparan con su empresa de ingeniería.

La noche descendía. Las vibraciones luminosas artificiales empezaban a reemplazar las solares y sobre las aguas grises se extendía una interminable claridad crepuscular, azulencia y tibia. La brisa soplaba del Caribe hacia el interior penetrando a lo largo del río, azotando el agua con mil látigos invisibles, silbando en los oídos de los paseantes.

Los grupos se fueron haciendo más raros. Era la hora del recogimiento íntimo y singular para realizar una de las funciones fisiológicas, la de nutrir el organismo y, por fin, sobre el amplio malecón solo se perfilaba la silueta pensativa de redivivo.

—Ni amistad, ni amor, ni seducción alguna— repetía. —Cuando J. Gu publicó en *El Sol* su estudio sobre las costumbres del siglo xx, cuando dejé de ser para su curiosidad objeto de investigaciones, su amistad concluyó. Hubiera sido, también, un excelente auxiliar del doctor Var. ¡Me hubiera atraído a la vida! Pero no tengo nada, no tengo vinculaciones, soy sólo, sólo, ¡sólo!

Llegó al extremo del tajamar. Tornó lentamente la mirada en rededor. Una serenidad magnífica fluía del cielo sobre las olas. Las aguas inquietas por la lucha del ímpetu fluvial con el movimiento marítimo, esparcían un leve rumor, que no alcanzaba a turbar la asombrosa tranquilidad. El vuelo lento de algunos alcatraces que huían del crepúsculo contribuía a dar cierta grandiosidad al paisaje impresionista de aquel atardecer.

—¿Dónde estaba el error? ¿En nosotros los antiguos, o en ellos, los nuevos?— murmuró.

Sus pensamientos lo condujeron una vez más a establecer la comparación entre el sentimiento de ternura que vinculaba antes a los hombres con las mujeres y que ennoblecía el instinto de reproducción. En cambio, ahora, el instinto se mostraba en su monstruosa intemperancia, controlado solamente por la indiferencia suprema hacia todas las emociones, entristecedora característica de la humanidad degenerada que se le presentaba al cabo de doscientos años.

—He errado. He sufrido el castigo que la naturaleza impone a los violadores de sus leyes— exclamó. —Pero no reincidiré.

Avanzó algunos pasos, lentamente, inclinado hacia el suelo de cemento, cayó al mar.

Las olas verdes e inquietas se cerraron sobre la segunda existencia de Juan Francisco Rogers. La magnífica serenidad del crepúsculo perseveró, incólume, sobre el acontecimiento.